MANIFIESTO PARA APRENDER A VIVIR

Al azar de los días

¿Qué hace que la vida merezca la pena?

Françoise Héritier

AGUILAR

Françoise Héritier

Al azar de los días

¿Qué hace que la vida merezca la pena?

Traducción de
María Llopis

AGUILAR

SÍGUENOS EN

megustaleer


@megustaleer


@megustaleer


@megustaleer

Penguin Random House Grupo Editorial

A mi querida hija, Catherine Izard-Héritier, y a la memoria de Francis Wayser, desaparecido demasiado pronto.

«Tome asiento, por favor».

Entre

En la primavera de 2012 publiqué una «fantasía» titulada *La sal de la vida,* en la que me planteaba esa forma de sumergirme en mí misma en busca de esas imperceptibles nadas que dan sabor, *su sabor,* a nuestra existencia individual y que, en una gran ola común, son compartidas de forma verosímil por una buena parte de la humanidad, aunque no sean estricta y necesariamente percibidas en las mismas condiciones. Se trataba, de algún modo, de hacer emerger lo permanente bajo lo contingente y lo universal bajo lo individual. Al convocar la memoria a través de un juego de correspondencias conocidas o secretas, se produjo un inventario parco pero preciso de esos fragmentos conjugados y superpuestos de lo real cuya percepción y luego recepción y transcripción me formaron como persona.

Escribí para mí misma la palabra «fin» un buen día porque debía dedicarme a otras ocupaciones. Escribir este libro no fue una decisión tomada tras una reflexión madura: la necesidad apareció sola a partir de un punto de origen que fue el texto de una postal que recibí en verano. Por el contrario, concluir su redacción fue una decisión tomada conscientemente. Pero no se controla con facilidad un proceso creativo sea de la naturaleza que sea. Los recuerdos y las imágenes y las ideas han seguido afluyendo, a veces fugaces, a veces con una imposición tal que hay que anotarlas en cualquier soporte: por ello adopté la costumbre de llevar siempre conmigo algo con que escribir.

De este modo, día tras día, ese crisol singular y cautivador siguió llenándose a su ritmo. Para mí fue todo un descubrimiento. Mis trabajos, escritos, publicaciones habituales en la disciplina antropológica que es la mía no guardan relación con ese mundo totalmente diferente de elaboración del escrito. De vez en cuando, pasaba esos

papeles sin forma a limpio, esforzándome por dar a esas notas una unidad de estilo en la economía y la precisión y de hacer advertir la necesidad profunda de estas sensaciones vividas, luego captadas y registradas en los circuitos emocionales comunes a toda la humanidad.

La idea de una necesidad interna de captación y luego apropiación y elaboración verbal de las sensaciones comúnmente compartidas me animó a prolongar esta primera publicación con una segunda que propongo en este libro.

Hay otra razón para ello. En el correo que recibo, tan abundante que no puedo contestar a todas las cartas, aunque estoy llena de agradecimiento por cada uno de sus autores, separo algunas cartas, de una forma particular, de dos modos distintos. Primero están los correos cuyo autor me dice que se ha lanzado, por su cuenta y riesgo, a realizar la misma investigación y me envía algunas páginas de ese trabajo, en las que cada vez la persona, *su* persona, se vislumbraba. Para estos autores se incluye un cuaderno en blanco al final de este libro para que puedan anotar enseguida en un soporte adecuado lo que surge de su propia inmersión en esta parte tan inherente a uno mismo que se ignora.

Luego están los correos que proceden de profesores de escuelas, colegios e institutos, docentes asociativos comprometidos con la lucha contra el analfabetismo, coordinadores de talleres de escritura que me dicen que usan el libro *La sal de la vida* con sus alumnos y a veces me envían los resultados de sus trabajos.

Al repasar todos estos correos, me pareció que había unos lectores sensibles a una simplicidad lúdica, sin voyerismo ni exhibicionismo, haciendo hincapié en lo que a menudo no se considera importante, y cuya revelación no solo nos aporta una felicidad interior, sino que nos forma en nuestra propia identidad.

Es para todos ellos que escribo.

Este libro está dividido en dos partes. En la primera, titulada «De aquí y de allá», sigo haciendo una lista, como en *La sal de la vida,* de las anécdotas, las percepciones, las sensaciones y

los afectos que constituyen los apoyos y los materiales identificables de nuestra existencia. En la segunda, titulada «Moldeados», intento presentar a través de imágenes y asociaciones de ideas, de una forma no biográfica, cómo los materiales han servido de soporte para la elaboración de mi propia vida.

Primera parte

De aquí y de allá

... tiritar de golpe, y acurrucarse bajo una manta; conceder tiempo e indulgencia a las personas apresuradas e intolerantes; recordar la gran tormenta que tumbó todos los árboles del bosque de Paimpont, y también que un camionero había visto cómo un grupo de vacas salía volando por los aires por encima de su parabrisas según los testimonios publicados por *Ouest France;* intentar poseer la labia de la espiritual y rebelde Marie Dubois en *Maten al pianista;* que se te haga la boca agua delante de platos tan simples como unos tomates rellenos o una brandada de bacalao o un puré de patatas gratinado casero; coser a los cuarenta años y pico un nuevo vestido para la muñeca calva de principios de siglo; brindar en un bar de carretera con unos camioneros; ver formas extrañas en las nubes o en el papel pintado o cuando te tapas los párpados con los pulgares; reírte al recordar la desventura de aquel joven en bicicleta en una carretera africana que frenaba por detrás con los pies a una joven leona con ganas de juerga, y que batió todos los récords de velocidad sobre los pedales; vaciar discretamente el vaso de un refresco malísimo en la maceta de una palmera; pelearse con la manita de cerdo cocida con su pezuña y sus pelos que te han dado para comer; sonreír con amabilidad a la persona que acaba de hablarte sin que hayas entendido ni una palabra de lo que te ha dicho; odiar el tuteo porque sí; escuchar con ternura a esa persona mayor tan feliz por haber encontrado a un oyente y poderle explicar *su* guerra de 1914-1918 y su huida milagrosa; sentarse al caer la tarde en medio de una colina herbosa rodeada de un circo de montañas de líneas horizontales bordeadas de una vegetación oscura y sumergirse en la contemplación de un paisaje tranquilo y, sin embargo, atormentado; mirar a una hembra de ardilla pelirroja y a sus crías divirtiéndose alegremente en un prado

antes de saltar de árbol en árbol persiguiéndose; escuchar el golpeteo de la lluvia en un canalón; comerse una galleta crujiente empezando por las cuatro esquinas; tocar madera para prevenir o escapar de la desgracia, pero pasar voluntariamente por debajo de una escalera y no temer ser trece en una mesa o tirar sal sobre el mantel; abrir con paciencia caquitas de búho; sentir lo que sienten Robert Mitchum y la monja Deborah Kerr perdidos en una isla del Pacífico ocupada por los japoneses; haber probado en una gran cena en París un queso de cabra directamente traído de la granja auvernesa y con las marcas de los tallos de trigo con los que se afinó; acariciar la idea de que, quizá, ¿quién sabe?, a fin de cuentas, visto lo visto, ¿por qué no?, por casualidad, eventualmente, ese sentimiento que te invade de alegría puede ser lo que llaman amor…; seguir sintiendo el peso de tu gata callejera Roulettes en tus pies y en el cuello, el de tu gata siamesa Julie que tan bien sabe despertarte con un hábil arañazo en una fosa nasal; recordar que te gustaban tanto Django Reinhardt y Louis Armstrong y Billie Holiday; bajar a menudo en invierno por la calle Rome, hacia el instituto Racine, bajo las bolas de nieve a veces llenas de guijarros y lanzadas por los chicos que iban de la estación de Saint-Lazare hacia el colegio Chaptal protegida espontáneamente por tu hermana mayor y una amiga cachas; haber sentido que no te puede pasar nada malo en el aura de la bondad indulgente de ciertas personas; entrar en un sueño y pensar sin sorprenderte en este sueño que ya habías tenido ese sueño; hallar coincidencias entre Michelle Pfeiffer y Simone Simon; beber con las manos haciendo copa; mirar las motas de polvo bailando en un haz de luz; leer el *Littré* o el *Larousse* o cualquier diccionario por placer; haber frecuentado la librería Maspero en la época en la que algunos clientes sinvergüenzas, seguros de su impunidad, se llevaban libros sin pagar, lo que les llevó a la ruina; dejar que se hinche en un nombre la oleada de imágenes que le dan cuerpo; tener la sensación de algo ya vivido; caminar descalza por un suelo frío; admirar la flexibilidad elegante del cuerpo alargado de Henry Fonda levantándose del sillón de la barbería en *Pasión de los fuertes;* sorprenderse desagradablemente hablando en voz alta en un lugar público cuando lo que te gusta más es la

discreción; despertarse sobresaltada por haber tenido momentos de duda acerca del lugar en el que te encuentras y la hora que es...; haber hablado en latín con unos estudiantes alemanes en un tren español; haber sido perseguida junto con unos amigos por una pareja de campesinos armados con unas horcas porque estábamos en la linde de un prado en el que había junquillos; quedarse con la boca abierta de admiración ante dos hermanos negros americanos bailando claqué en un número inigualable; rebañar el plato, que no se hace; considerar irresistible la orquesta de Ray Ventura y su *Marquise;* haber visto de cerca en 1957 a Sacha Distel y Brigitte Bardot, muy enfadada y tan guapa con su vestido corto Chanel azul cielo forrado con Liberty o percal de flores, que esperaban cerca de la taquilla el momento de entrar como todo el mundo en el cine Publicis Drugstore de los Campos Elíseos; recordar la gran emoción con la que leías las *El libro de la almohada* de Sei Shônagon; escuchar a Gérard Depardieu pronunciar estas simples palabras con su asombrosa voz suave contrastando con su cuerpo voluminoso: «Es un sufrimiento, es una alegría»; escapar corriendo ante un remolino surgido de ninguna parte que te ataca directamente con arena, ramitas y polvo recogidos en su trayectoria; reflexionar sobre una idea y hacer que brille con lentitud escrutándola bajo todos sus aspectos; sentirse humilde ante la interpretación de Henri Virlojeux y de Françoise Bette en *Tío Vania* en el Teatro del Odeón; recuperar la vista tras la operación de cataratas; oír decir a un taxista: «Usted debe ser por lo menos maestra, ya que, cuando habla, todo te entra en la cabeza» y sentir satisfacción; haber aprendido a planchar con planchas de hierro colado que te acercas a la mejilla para notar su calor; luchar contra las ganas de las pequeñas abdicaciones cotidianas que aparecen con el envejecimiento; mordisquear sin remordimientos chicharrones crujientes —residuos de corteza frita para quitarle la manteca de cerdo—; apreciar el rebuzno potente de los asnos; añorar el sonido de las campanas al vuelo asociado al tiempo pascual, claro y fresco, y también la desaparición del sombrío toque de muertos; darse cuenta de que la calidad del silencio y de los sonidos cambia cuando se van los invitados, incluso discretos, que ocupaban la casa; no haber logrado nunca hacer el pino;

tardar horas para encontrar la palabra adecuada; buscar un recuerdo que se obstina a no querer volver a la superficie; recibir rayos de sol traviesos en el ojo o apartar con una mano lastimera lo que no es una mosca, sino la punta fina de una hierba que te pasan por el cuello durante la siesta; gritar «cucú» poniendo las manos encima de los ojos de una persona; jugar al escondite; coger a alguien por la cintura para bailar un vals; viajar sin maletas; hacer trabajar la imaginación a partir de tonterías; maravillarse ante la precisión de las flores de una umbelífera común; enseñar a un niño pequeño palabras que recordará toda su vida, como «margarita» o «pamplina»; rascar un gato por detrás de las orejas; sentarse en la única butaca roja del Teatro de Europa (antiguo Odeón) para esperar a tus amigos; acostarse exhausta muy pronto por una vez; ir a descubrir cosas sin rumbo y con las manos en los bolsillos; apreciar el estilo lírico y brillante de algunos colegas acerca de temas que, sin embargo, no se prestan mucho a ello; odiar el aspecto convenido y conveniente de algunas orquídeas; preferir los rosales venidos abajo a los rosales rectos, la hierba bien mantenida al césped, los cosmos a los gladiolos, las capuchinas a los claveles, las margaritas a las reinas margaritas, los junquillos a los aros, las florecillas de un muro a los arriates, la fantasía a la regularidad; ver a un hombre joven y fornido, con la cabeza grande y rapada, las pantorrillas peludas, con bermudas y botas, empujar con una mano el cochecito de un bebé delicadamente protegido del sol por una muselina, llevando en la otra un cucurucho doble de helado de fresa y observar en él algunos cambios beneficiosos producidos en los usos y costumbres; cruzarse también con un hombre serio llevando entre sus brazos una mochila de bebé encima de su pecho de la que emerge la cabeza de un chihuahua; haber acompañado a tu padre a inmensos talleres de costura en los que se tomaba su tiempo para elegir la tela con la que le fabricarían unos trajes cruzados austeros con una americana y dos pantalones; llorar cuando los leones tumbados escuchan a Mozart sobre la tumba africana de Robert Redford; perder el hilo de tus ideas en directo en la radio; despertarse por la noche y percatarse de que aún tienes tres o cuatro horas largas para dormir;

apreciar los rasgos atormentados de personajes secundarios de películas del oeste como Jack Elam y Lee Marvin o los de Jack Palance en *The Big Knife;* considerar caballunas pero sublimes algunas grandes protagonistas de Almodóvar; beber auténtico vino blanco del Jura o vino blanco ligero de Savennières; haber confiado en la palabra familiar Martini aceptando un Dry Martini en Nueva York; sentirse ridícula con el birrete de doctora *honoris causa;* escaparse a Auvernia, a la Bretaña o a la Borgoña; admirar el ballet de las aguzanieves que menean la cola; tener ganas de estornudar y no lograrlo; descubrir en casa de tus padres unos cajones llenos de trozos de cordel, de tapones de corcho, de esas hojas de «papel de plata» que envuelven las tabletas de chocolate, de todas esas cosas pequeñas que aún pueden ser útiles; tener un hipo que no se te pasa y beber un vaso de agua con un cuchillo dentro con el filo hacia la nariz para «cortarlo»; atragantarse al probar un alcohol demasiado fuerte; ver a dos jóvenes gallos que se provocan con pequeños empujones y saber que habrá que intervenir en breve para separar a dos combatientes a muerte; inspirar el aire fresco de la montaña con la nariz hacia arriba y los ojos medio cerrados; haberse negado enérgicamente, en pleno mes de agosto en la isla de Ouessant, a entrar en el agua de la que tu amiga Claude salía azul de frío y contenta a la vez; apreciar los toquecitos con la punta de los dedos en el antebrazo del otro, el pelo apartado de la frente, los saltos a dos en la ola, la fruta ofrecida, el cigarrillo encendido, la mirada cómplice, todos los bellos gestos de la ternura; poner en un pedestal la presencia física apabullante de Robert Mitchum, pero gustarte igualmente la ambigüedad inquietante de Terence Stamp; sentirte impresionada por la fuerza de las grandes alteraciones de la Tierra; recibir en la cara la belleza gris de Les Mées, en la Alta Provenza; ser a veces como el asno de Buridan y salvarse huyendo; ser tardía de respuesta y sentir el entusiasmo del principiante; tomar un Campari con soda con el borde del vaso escarchado; odiar tener que subirse a un taburete o dejarse caer en un sillón demasiado blando; recordar divertida las historias trágicas que se contaban cuando eras niña, como la de la abuela que abraza a su nieta y le atraviesa el corazón con la gran aguja prendida en su delantal; dar lo

que sea para no romper una amistad cuando se ha recibido un cuchillo o unas tijeras como regalo; aspirar las gotas de rocío en una hoja vellosa; ser la única que ve al monstruo que gruñe en la disposición de las piedras de la pared de delante; recordar la amable sonrisa de tu abuela al ofrecer una taza de buen hisopo a quienes la visitaban; volver a oír con estupefacción el clamor estridente que tapaba por completo el primer concierto de los Beatles en Estados Unidos, en agosto de 1965, en el Shea Stadium; sentirte atormentada por los remordimientos por haber hecho sacrificar a tu vieja gata con caquexia y a la cabra de más de treinta años que ya no se sostenía encima de sus patas; jugar a la rayuela y aterrizar en el cielo; haber sentido fugazmente un terror extremo en el cine cuando del teléfono solo sale una respiración entrecortada, cuando una Audrey Hepburn ciega roza a los asesinos escondidos en su piso, cuando una voz pregunta melifluamente y con insistencia por teléfono a la canguro: «¿Ha subido a ver a los niños?», cuando un chirrido señala en el desierto que se acercan unas hormigas gigantescas que habrá que perseguir hasta las alcantarillas de San Francisco; tener aún delante de los ojos el paso corto y rítmico de los segadores acompañando el amplio movimiento del brazo y la caída redondeada de la hierba, así como la imagen de la piedra de amolar en una especie de zueco lleno de agua que el hombre llevaba en la espalda, abrochado en la cintura del pantalón; esperar nerviosa pasar un examen oral; mantener el ceremonial y la solemnidad de las presentaciones de tesis negándose al tuteo y a la familiaridad entre colegas; hacer girar entre los dedos un cigarrillo sin encenderlo; leer aforismos estúpidos impresos en los papelitos; usar una cuchara de plata para echar azúcar a las fresas, una elegante pinza de cubitos de hielo, un aplastador de patatas rústico; admirar a Stewart Granger y sus botas aristocráticas en *Los contrabandistas de Moonfleet;* elegir con precisión la mejor parte del pollo y el cordero; roer minuciosamente unos huesos; sentarse con decisión para iniciar la lectura de un texto difícil; usar medios mnemotécnicos refinados para recordar mentalmente un código; considerar la vida como una carrera de vallas que se suceden; soportar con estoicismo las bromas acerca de tu nombre; sentirse feliz de que un amigo

esté fuera de peligro; hacerse una merienda con un trozo de pan crujiente y un poco de champán que queda, o con un trozo de manzana y unos centímetros de puerro crudo; escuchar con deleite la lluvia que martillea alegremente un tejado de cinc; reír con William Claude Dukenfield, llamado W. C. Fields, cuando afirma que un hombre que odia a los niños y a los animales no puede considerarse malo en el fondo; pensar que Robert Mitchum (¡una vez más!) seguramente era más recomendable de lo que se cree y Henry Fonda mucho menos, teniendo en cuenta su frialdad en su vida familiar y en su papel de padre y de marido; apreciar los argumentos y los actores más que las puestas en escena y saber reconocer el talento de actrices como Thelma Ritter, Barbara Bel Geddes, Shelley Winters, Gloria Grahame o Ida Lupino; estar contenta por el señor que sonríe solo mientras camina; recordar al primer chico que te invitó a bailar cuando tenías doce años (él tenía dieciséis y se llamaba Rémy) y a tu caballero andante más tarde en Marcigny, que te trataba de usted con ceremonia, se llamaba Noël y tenía una bonita voz grave; saborear en *El Mesías* el timbre de un joven tenor inglés; asistir en un prado a un eclipse parcial de sol con las gafas apropiadas y sentirte vagamente decepcionada; apreciar las pequeñas charlas y las ocupaciones minuciosas; reír al escuchar la historia del joven estudiante que dice: «¿Ah, sí? No había entendido que era una mujer» al hablarle de Marivaux, y pensar que los errores sobre la persona constituyen uno de los grandes recursos de la comicidad; haber tocado el pelo rugoso de un licaón muerto; tener unas alforjas para agua hechas con piel de cabra; levantar los ojos vidriosos de un libro al oír que te llaman; incorporarse, estirarse y masajearse la espalda; adorar los libros de Jane Austen, las hermanas Brontë, Thomas Hardy… y considerar que su libro *Los habitantes del bosque* es una de las más bellas novelas de amor que se han escrito; confundir en un solo personaje a Mr. Rochester, Rhett Butler y Hamish Bond, el amo de *La esclava libre,* interpretado en el cine por Clark Gable, que también interpretó a Rhett Butler (¿qué tienen todos en común?); ir a hacer algo obligada, resignada, reventada, pero saber que lo vas a lograr; terminar un trabajo pesado que ha durado mucho tiempo y pensar, feliz, que

tendrás una obligación menos; sorber un huevo fresco tras haber agujereado los dos extremos con una aguja, pero que no te guste demasiado; pensar en tus amigos como en unos caleidoscopios vivos en todo su tornasol; saber que estás plenamente implicada en la lucha de las mujeres por la igualdad; reír al oír la historia «divertida» del viejo académico sordo al que le gritan al oído: «¡Hay una mujer en la Academia!», y que conteste tontamente: «¿No puede esperar a que levantemos la sesión para hacer la limpieza?»; complacerse ante la aparente paradoja; soplar en las brasas para avivar el fuego y en la piel para calmar el escozor de una quemadura ligera o también soplar una cucharada de sopa para enfriarla, pero acercar al plato los dedos entumecidos para calentarlos; ir corriendo y llegar justo antes de que cierren la farmacia un sábado por la tarde; hacer como que no pasa nada cuando te tropiezas con algo; estar encantada con un molinillo de viento que te ha regalado una joven de mejillas sonrosadas; vivir en la efervescencia de un bonito reencuentro; gustarte trabajar de forma urgente; saber coger las ortigas con las manos para evitar que te piquen; haber soltado un gran suspiro de alivio cuando la gata Petite-Mère manifestó su satisfacción por haber encontrado un nuevo alojamiento y unos nuevos brazos acogedores cuando tuvimos que irnos de Bodélio; comer termitas o saltamontes fritos, chupetear un trozo de tortuga o de lagartija a la brasa, comer pitón o estofado de asno (el asno fue quien lo pasó peor); tener en la boca la suavidad delicada de un caramelo de bergamota de Nancy que llama a otro; notar todavía un vago asco al recordar los encalados con azul de metileno en el fondo de la garganta, los círculos negruzcos que dejaron en la piel las ventosas con un algodón encendido dentro, la quemadura de las cataplasmas de harina de mostaza, el sabor odioso de la cloroquina y la rueda dentada de los dentistas, todos ellos horrores de la infancia, pero reír aún por lo bajo con bochorno y alegría al recordar haber tocado el timbre de una puerta antes de huir oyendo los gritos del ama de casa, haber intentado poner a un gato unos zapatitos hechos con cáscaras de nuez, haber dibujado unos bigotes a una fotografía de una tía arisca, haber cantado canciones escandalosas cuyo sentido ignorabas y haber usado

públicamente unos términos procedentes del florilegio familiar, pero que creías usuales..., todos ellos placeres de la infancia; haber esperado de alguien que te diga cosas amables (y eso nunca sucedió); refrenar tu impaciencia ante las largas dudas de algunos a la hora de elegir; separar piezas de ropa para desprenderse de ellas; alegrarse ante la idea de conocer a desconocidos o de hallar vínculos con nuevos vecinos; abandonar sin pena el lugar en el que has vivido pero recordarlo con deleite; temblar de satisfacción al encontrar por fin el jersey color crema de tus sueños; controlar que en cada mudanza (ha habido ocho) al llegar a la casa nueva haya pan, sal, algo viejo, algo nuevo y algo azul; recordar los pasos a nivel con la campanilla estridente que anunciaba la entrada de los trenes y los guardabarreras que levantaban las barreras a mano y a veces saludaban al coche; que se te haga la boca agua al pensar en una compota de guayabas; contemplar a un padre llevando a sus dos hijos de la mano, hablándoles con seriedad, y ellos mirándolo; sentarse encima de las piedras secas de un murete observando una lagartija; ocupar provisionalmente un despacho que no es el tuyo y pensar que eres la dueña del lugar; aplaudir en el teatro hasta que las manos te duelen, en la ópera, en un mitin; probarse unos zapatos nuevos; haber tenido casas de muñecas, cocinitas, tiendas de comestibles con todos sus muebles y utensilios; recordar el placer sensual de cortar las páginas de un libro con un cortapapeles; que José Corti haya alabado tu larga falda de color malva cuando le has ido a comprar *El mar de las Sirtes;* mirar cada mañana en tu Macintosh lo que ha llegado por la noche en tu buzón de correo; haber ido durante mucho tiempo a los cines míticos de la calle Écoles, el Champollion, la Pagode, el Studio Christine, el Mac Mahon; notar el corazón atravesado por oleadas de desesperación; sentirte trastornada por el sonido de una voz desnuda, átona, que anuncia la desgracia; haber hablado con Charles Denner de dicción extenuante; tamborilear con los dedos en los brazos de los sillones pequeños fragmentos de música; beber un vino raro en una bella copa de cristal, pero también agua fresca haciendo copa con las manos o cerveza en una calabaza; formar bolitas de miga de pan cuando te aburres mucho en una cena y esconderlas una a una bajo el plato;

entrar en un lugar inmenso, desierto y que resuena; helarse en las marquesinas de las paradas de bus; que te cueste apartar la mirada de un bello perfil; tomar con placer la sopa de la noche de los hospitales de París; soltar tacos buscando las llaves en el fondo del bolso; identificar los «elementos de lenguaje»; las manos extendidas encima del corazón; y los ojos hinchados tantas veces por el polvo; haber corrido con tu hermano y tu hermana y con tu abuela para tirarte al suelo en el arcén de la carretera del éxodo que unos aviones italianos ametrallaban en picado; haber visto con ocho años una cabeza cortada olvidada en la parte trasera de un camión ambulancia tras un bombardeo sobre Saint-Étienne; haber tenido que llevar para la primera comunión, solemne, un gorro redondo atado bajo el mentón con diadema y un vestido de tul con cuello babero y unos pliegues horizontales, y haber envidiado a la compañera más moderna que llevaba un vestido ajustado de satén muy suave bajo el ojo desaprobador de todos los demás padres; cantar a voz en grito el himno patriótico y belicoso de la posguerra de 1870: «Cambiará la suerte de las armas, abatiremos vuestra águila negra...»; entrar en la atmósfera silenciosa de las bibliotecas; tener afición por los cementerios de barcos; mirar divertida, en un cruce situado cerca de Beuzec-Cap-Sizun, la parte trasera de una pequeña choza bretona decorada con el trampantojo de dos ventanas con cortinas de encaje y una puerta flanqueada por dos hortensias azules; adorar las grandes pinturas murales que ya pueden verse en las grandes ciudades e incluso los decorados temporales que esconden los inmuebles en rehabilitación; tener a veces largas e interesantes charlas con taxistas en las que se dicen, como si nada, cosas que no se dicen a menudo; pensar con una compasión infinita en todos aquellos que nacen (¿qué será de su vida?), sufren y mueren en el momento preciso en que se escriben estas líneas; estar encantada cuando estás protegida de las fuertes lluvias cálidas de tormenta y de las borrascas y de los árboles despeinados y de los cielos tumultuosos e incluso del estrépito del trueno; girar como una peonza en una habitación preguntándote qué has venido a buscar; limpiar meticulosamente los cristales de las gafas; luchar contra el aburrimiento soporífero de algunas clases y

divertirse viendo los efectos del mismo aburrimiento en las caras y las posturas de los demás; llamar la atención de una amiga acerca de algo con un codazo o un guiño; enfrentarse con calma a un interlocutor de mala fe pero sin dudar, si es preciso, reírse de él; arrastrar mala conciencia por no haber contestado a tiempo cartas o envíos de libros, pero exasperarse por el tono conminatorio de algunas preguntas por mail; sentir la bondad e indulgencia por los demás y también por uno mismo; sentirse feliz de ser libre; no tener nunca un céntimo en el bolsillo cuando se oye por primera vez en primavera el canto del cuco; irse por los caminos hondos a lo largo de los altos taludes bretones; leer una novela de estación en diagonal; haberte gustado disfrazarte solo cuando eras niña; gustarte el contacto de la estameña de lana, de la manta de angora que te hace cosquillas en la nariz, del terciopelo de raso, de los melocotones sedosos así como el olor a tabaco rubio de algunas americanas de tweed de hombre; preguntarte si de verdad te gusta el Fernet-Branca, el malvavisco, los caramelos ácidos, el turrón; llevar formas amplias o rectas cuando siempre te ves con falda de vuelo y jerséis ajustados; pensar que a veces has sido estúpida; lamentar no haber sido más insumisa, no haber encontrado siempre las palabras adecuadas en el momento preciso; conservar el recuerdo de las muñecas de papel para las que cortabas vestidos en unas hojas impresas; haber visto un joven chimpancé muy triste atado en el fondo de un patio en Uagadugú; sentirte decepcionada por algunas reuniones políticas privadas e ilusionada por unos mítines, con la multitud armando ruido, las tarimas llenas de gente, los aplausos a rachas, la felicidad compartida con desconocidos, la gestualidad de los oradores, a fin de cuentas, apreciar la elocuencia y la comunión a través del verbo y las ideas; contemplar en éxtasis un cuadro de Fabritius del *Jilguero* minúsculo suspendido solo en su jaula y su lienzo en la pared en una sala de museo, o el grupo de *Les causeuses* esculpido por Camille Claudel o el *Joven mendigo* descalzo de Murillo; sufrir ante la expresiva torsión de un árbol que intenta evitar el control devorador de su vecino; jugar a la comba como hacen las niñas y los boxeadores al entrenarse; mirar cómo una mosca da brillo a sus alas una contra la otra; recordar

perfectamente ese día en el que, protegiéndote la cara, corriste hasta perder el resuello un kilómetro entero en la selva africana perseguida por un enjambre de abejas que habías molestado interponiéndote entre ellas y el sol, y en el cual debes la vida a unos aldeanos que te llevaron a un dispensario en el que tuvieron que quitarte solo de la nuca y los brazos un centenar de aguijones; seguir el vuelo de las libélulas al sol o la carrera de insectos de largas patas en el agua de los pantanos; esperar el momento en el que un pez hace «glu glu» en la superficie o aquel, desolador, en el que los ibis sagrados del parque de Branféré se abaten encima de una charca y la vacían de todos sus ocupantes; admirar la cabecita seria y afilada de un gato blanco que aparece encima del hombro de una joven entre los mechones de su pelo rojizo; entrar en una modesta capilla abierta al viento y tan fresca; reír de felicidad y llorar de emoción al mismo tiempo; hacer entrar una bocanada de aire fresco en una habitación cerrada y recalentada; gustarte el suspense en el cine y coger muy fuerte la mano de tu vecino; haber tenido dos confidentes de dos plazas, un sillón antiguo e incómodo de patas cruzadas, una butaca Emmanuelle (en el campo), unos asientos de los años setenta llenos de bolitas de poliestireno que se amoldaban a la forma del cuerpo y también unos sillones de cuero del Bauhaus y gustarte las sillas Richelieu de respaldo alto; deleitarse en las ventas de antigüedades en el campo en busca de platos desparejados pero que hagan juego; cortar con cuidado en *losanges,* como hay que hacerlo, un auténtico pastel bretón; entender al oír una entonación interrogativa sorprendida que te acaban de hacer una pregunta en inglés; tener la imaginación fértil pero los pies en el suelo; tachar con alivio cosas de la larga lista de asuntos pendientes de hacer que reescribes cada semana; asombrarte tanto por la vacuidad de los argumentos y la inanidad de los proyectos que te presentan como por su brillantez o su perspicacia; notar que los dientes te castañetean de fiebre sin poder parar; sonreír al recordar el día espantoso en el cual tuviste que desplumar, en una cocina parisina, un pato que te había regalado un primo cazador, pero también aquellas mañanas felices pasadas entre amigos recogiendo grandes cubos de mejillones tras las grandes mareas; haber sentido

miedo del ropavejero hirsuto que iba a pie por los pueblos gritando: «¡Pieles de conejo! ¡Pieles!» y que los niños tomaban por el coco; en su primera salida a los dieciocho años por el mundo, haber preguntado cualquier otra cosa ante unas montañas de canapés adornados inexorablemente por pequeños granos negros y brillantes de sabor desconocido y muy raro; charlar amigablemente en el umbral de la puerta con el cartero, una vecina…, o hacer un trecho de camino y sucumbir ante la infinita dulzura de la canción *Because the sky is blue…*; dar con Francis heno a los caballos; rozar el borde de un precipicio con el coche; sentirte devastada cuando Dustin Hoffman muere sobre el hombro de Jon Voight en el autobús que les conduce al sol; enterarte con asombro de que Scott Fitzgerald es el autor del relato sobre *El curioso caso de Benjamin Button;* saber al leer la revista *La Hulotte* que los topos golosos amontonan para su consumo hibernal gusanos de tierra vivos pero inmovilizados, ya que les han descerebrado, y que el rey de los caracoles de los setos, muy raro, no tiene rayas oscuras y tiene la apertura y el enroscamiento a la izquierda; pelar una patata hirviendo quemándote los dedos; notar en las piernas la carrera de una bella araña rojiza y peluda que nunca se desvía de su camino; haber mojado en granjas bretonas tostadas con paté en un cuenco de café para imitar a los demás; gustarte la simple idea de los beguinajes de Brujas; llorar de risa al contar chistes basados en malentendidos; descubrir la *blaxploitation* gracias a *Sweet Sweetback's Baadasssss Song;* sentirse desvalida ante la alegre audacia de los pequeños y la fragilidad impresionante de los ancianos; captar al vuelo una música procedente de un coche que te adelanta muy rápido e intentar identificar esa canción que te resulta familiar; mecerte con el ronroneo entrecortado de los ventiladores de techo; notar las malas pasadas que nos hace la memoria al volver a ver viejas películas en las que no está la escena tan especial que creías recordar, tener el mismo sentimiento al releer un texto, a veces incluso escrito por ti misma (¿realmente escribí esto?), buscar la razón de estos hechos aún más sorprendentes que los desfases existentes entre las perspectivas sobre el mismo acontecimiento de varias personas distintas; acoger esa inestimable capacidad para acomodar trozos dispersos de tu

vida dándoles una continuidad; percatarse con estupor de que ya no es absolutamente necesario presentarse en los cenáculos a los que se va, sino tener siempre la impresión de estar pasando un examen ante el público; protegerse mal de los largos chaparrones de primavera en un rincón; derrengarse abotonando un largo chaquetón o atando unas botas altas o abrochando unos corchetes metálicos en la espalda de un vestido y nunca lograrlo a la primera; comer carrillada de buey, sesos de cordero o mollejas de ternera en el Baratin, y llevar a tus amigos; notar las papilas despiertas solo al recordar las ensaladas de dientes de león con aceite de chicharrones; pensar en las ideas que transmiten las novelas de Delly en las que se ve a la joven princesa secuestrada por unos traidores, cómo crece como una flor de lis en un montón de estiércol con su nobleza innata de tono, de lenguaje y de sentimientos en casa de los pobres carboneros que la han recogido entre su negra y ordinaria prole; admirarse ante la interpretación y la voz de Marie-Nicole Lemieux en el último acto de *Orlando furioso;* ver la luz de la tarde en los campos de trigo tierno y tres ciervas saliendo de un bosque para pastar tranquilamente; ver también a un autillo sereno todo el día en un poste esperando a que anochezca para levantar el vuelo; notar un vuelco en el corazón al ver a un Georges Ulmer envejecido cantando *Pigalle* en los cafés de Córcega; escuchar indolente la radio por la noche en un coche; acomodarse con gusto para mirar *Las minas del rey Salomón* y esperar el combate de los príncipes tutsis; rever las imágenes tan precisas de Gloria Swanson lanzando ropa interior a la cabeza del príncipe que se parte de risa en su caballo encabritado, de Gloria Swanson secuestrada y entre los candelabros encendidos encima de la mesa y la chimenea ardiendo, de Gloria Swanson deshonrada y desnuda con un abrigo de piel bajando los peldaños del palacio bajo los latigazos de la vieja emperatriz y las miradas de los lacayos portadores de antorchas para ir directa a lanzarse al río arrastrando bloques de hielo, y asombrarse ante las libertades eróticas de las películas mudas en blanco y negro realizadas por Erich von Stroheim; haber cantado de niña «Jeanneton toma su hoz» sin haber entendido qué hacían exactamente los «cuatro jóvenes y apuestos chicos» que encuentra en su

camino; admirar la bella habitación de huéspedes cerca de Tréguier; recorrer una feria de antigüedades un domingo de agosto y volver de ella con un camello de largas patas de flamenco rosa y cuello de jirafa; recuperar satisfecha los métodos mnemotécnicos de hace años: «Treinta días trae noviembre con abril, junio y septiembre, menos febrerillo el mocho que solo tiene veintiocho», así como trabalenguas difíciles de decir: «Tres tristes tigres tragaban trigo en un trigal, en un trigal tragaban trigo tres tristes tigres»; echar de menos las escansiones del tiempo que suponían el silbido de las locomotoras a lo lejos y las campanas y los toques de muertos, las sirenas de alarma que anunciaban el fuego y los accidentes, el toque a rebato en caso de urgencia mientras que hoy solo subsisten las sirenas hirientes de los coches de policía, las rítmicas de los bomberos y, una vez al mes, las sirenas municipales a mediodía en las grandes ciudades; haber creído de pequeña que las «sirenas» de las alertas eran animales cuya cola se comía como si se tratara de pescado; relajarse para dejar entrar mejor al sueño; pensar en Jeanne que diluía el tiempo a su alrededor; recordar el tiempo de antes de la enfermedad como un tiempo de inconsciencia feliz (de tontería feliz); regocijarse en un escondite difícil de encontrar sin decir con un gran esfuerzo esta boca es mía; callar con obstinación un secreto; encontrar un objeto perdido desde hacía lustros pícaramente alojado en un lugar improbable; precipitarse en el baño tras haber estado un buen rato en el umbral de la puerta con unos visitantes con pocas ganas de irse; intentar escribir con una pluma de oca; conservar como un tesoro un estuche de plumas Sergent-Major; temer que unas notas escritas por un golpe de inspiración estén en el reverso de folletos ordenados según el anverso; sentir interiormente una alegría infantil pensando en la sorpresa que vas a dar a alguien llegando de improviso (!); necesitar una sonrisa como un medio de identificación de las caras con las que te encuentras y sentirte desconcertada cuando está ausente; gustarte las bromas ligeras pero no el espíritu socarrón; sentirte desolada cuando el joven de *Hacia rutas salvajes* queda atrapado en la naturaleza, pero notar también la comunión panteísta ante el cielo luminoso que se arremolina en lo alto y recordar las mismas imágenes en

Cuando pasan las cigüeñas; pensar en el joven que se fue tan pronto que te habría gustado proteger de todo mal…; saber reconocer el temor a sentir un pinchazo en el vientre al despertarte ante un cometido que te asusta o el naufragio orgánico cuando te afecta una supuesta ofensa o el clavo que te machaca el pecho ante algunos desaires, y establecer con fuerza y con urgencia unas barreras mentales para no ceder; reír de la desilusión de esa persona que adelanta una fila de coches a toda velocidad y se queda parado de golpe veinte metros más allá por un semáforo en rojo o un silbato; mirar mal a esas personas que se te cuelan en una cola de espera o que hacen que aguantes la puerta sin una mirada ni un gracias y a veces permitirte el lujo de soltarla; preguntarte por qué tus gatas de ciudad aportan al campo ofrendas de musarañas cuidadosamente depositadas en el umbral de las puertas o en el antepecho de las ventanas; temer que el ascensor en el que estás se averíe; recordar los cánticos de la niñez: *Ô Marie, ô Mère chérie;* leer al azar palabras en el diccionario; pensar horrorizada en la idea de un baño de leche de burra, de yegua o de camella y considerar con circunspección la leche de almendras, de coco o de soja; sentirte incómoda ante los grandes simios, los felinos y todos los animales enjaulados; haber creído ver una luz algo irónica y malvada en el ojo amarillo de una cabra; leer un libro con la cabeza entre las manos y los codos separados encima de una mesa; desenvainar guisantes sin prisa; cantar con ganas el canto italiano de las *mondine* y los partisanos: «*Alla mattina…*»; ir a hacer alguna obligación arrastrando los pies y volver contenta; hacer bolas de nieve y ramos de flores de clemátide; caminar entre montones de nieve de dos metros de alto para ir de una casa a otra; adorar las manos blancas al final de brazos redondos y firmes o las manos rugosas al final de antebrazos llenos de grandes venas o las manos nerviosas y secas con muñecas finas o las manos delicadamente cuidadas con las uñas pintadas; apreciar el ingenio, la réplica que surge, la connivencia, la mirada que se sostiene; hacer tranquilamente un crucigrama; dudar un buen rato antes de encontrar la buena frase introductoria de un texto y lanzarse enseguida como si no hubiera un mañana; visitar con detalle las casas de los demás; sentarse a una mesa perfectamente

puesta con un mantel blanco adamascado; mirar a Natalie Dessay, marioneta infantil, cómo levanta el brazo para estrechar la mano a un gigante; entrar con temor en una cueva o en una mina de hierro hundida en la selva africana; intentar sacar a fuerza de brazos un cubo de agua de un pozo o hacer tiro al arco (mucho más difícil de lo que se cree); haber seguido las transformaciones físicas de la Callas; haber tenido complejos debido a detalles físicos; haber leído de niña con avidez *Les Veillées des chaumières;* vigilar durante un buen rato a una niña muy seria situada en el borde de una acera preguntándote si va a cruzar la calle; beneficiarse de las equivalencias establecidas mentalmente entre redondo, sonriente, afable, abierto, franco, optimista, bondadoso (y, al contrario, entre huesudo, triste, hostil, cerrado, cauteloso, desconfiado, malvado), aunque en este caso no sea totalmente falso; despertarte sin saber dónde estás; conservar en los cajones pequeños y ridículos objetos de los que no podrías deshacerte; reconocer los rasgos de los hombres que te gustan en un Peter Falk envejecido o en Daniel Day-Lewis; echar de menos los conciertos nocturnos cristalinos que te regalaban con generosidad las ranas y los sapos; recordar a Arthur, el gran sapo gris que vivía bajo una losa y se trasladaba de noche a la lámpara del porche; romper los retoños de plantas de tomates para disfrutar por un instante del olor vigoroso que deja esa herida; notar el dulzor pasado de una casa vieja, el candor familiar del algodón de azúcar, la simplicidad alegre de los días de Todos los Santos floridos; tener a veces la boca llena de palabras que quieren salir todas a la vez dándose empujones; arrugar la nariz ante un plato malo en un lugar horrible; haber tenido el privilegio ya raro de ver salir a la Guardia republicana a caballo en uniforme de gala, de oír los cascos sobre el pavimento y sentir el olor de excremento fresco; esperar un día lo peor y recibir lo mejor; seguir amando con una profunda pulsación a aquellos que has amado con pasión; entender la música extenuada de Schumann bajo los dedos de Piotr Anderszewski; enternecerse al recordar a conejitos en su nido de pluma blanca arrancados del vientre materno y que no podías tocar o la madre se los habría comido (¿es posible? Las ganas te impelían a probar...); compadecer la suerte de una planta alegre sola en

un gran balcón; aguzar un oído asustado para escuchar desde la cama lo que dicen unos maquis que han llegado tarde por la noche a proveerse a la granja; haber tenido un marido que daba alegres saltitos con un pie y el otro en la cocina preguntando: «¡Las cucharitas! ¿Dónde están las cucharitas?» cuando un amigo le había pedido una distraídamente; darse cuenta de golpe de un silencio total y notar un pinchazo de angustia y de placer; sentir al pasar un plato un fresco olor a pepino; poner un chaquetón, gorro y guantes a una mujer que no los quiere; haber conocido a hombres que nunca habrían comido naranjas en toda su vida de no haber tenido a su lado una mano femenina y bondadosa que se las pelara; imaginar en tu lugar a Jean-Charles conduciendo de noche por una autopista desierta; apreciar en su justo valor el simple hecho de tener agua corriente en casa; sentir vergüenza de tu aspecto con el feo gorro de papel que a veces debes llevar en los hospitales; notar un pellizco en el corazón ante el gesto de la mano de Katharine Hepburn queriendo decir a Melvyn Douglas que no lo ama lo suficiente en *Mar de hierba;* acariciar el pelo de la persona amada y estar atenta a todas las expresiones de su cara; recordar a la princesa Margarita, su amor sacrificado por Peter Townsend y sus estancias en la isla Mustique que decían que era paradisíaca a pesar de su nombre; encontrar deliciosas esas frutas que dicen que no valen nada: los nísperos; tener en cuenta que nunca debes desplazarte («hacer un viaje») con las manos vacías; siempre cocinar más de la cuenta y no saber cómo guardar lo que ha quedado; soltar una larga carcajada después de haberte resistido un buen rato; notar que la boca se te seca de golpe al ir a tomar la palabra y que la lengua se te pega al paladar; darse cuenta, aun setenta años después, de la sorprendente fuerza erótica y exótica de un título de Henry Bordeaux, *Yamilé sous les cèdres,* y la llamada que contiene a visiones fugitivas, secretas y sombrías; añorar el encanto de los viajes de antaño, el balanceo rítmico de los trenes, el sabor y la textura particular de los bocadillos de estación, la acogida dura de los asientos de madera en las salas de espera hasta los topes, los pasillos en los que te asomabas a la ventana, las largas paradas nocturnas en estaciones desconocidas, los anuncios en los andenes: «¡Questembert!», recalcando la

primera sílaba, los chorros de vapor; ser engañada por las blancas estatuas vivas de los parques argentinos; estirar las sábanas entre dos antes de doblarlas; mirar de reojo la casita de la glicina de la plaza du Guignier; adorar las cajas, todas las cajas, por el placer sin par de descubrir lo que hay dentro; alegrarse de saberse mortal ya que es lo que llena la vida.

Dejarse invadir, subrepticiamente, por una especie de éxtasis ante un animal enigmático que te mira con frialdad; combinar rapidez y prontitud para atrapar una mosca encima de la mesa pero fallar el golpe lastimosamente; haber llevado hasta tercer curso faldas escocesas plisadas y con tirantes atados en la espalda, con camisas blancas de cuello babero con bordados ingleses y con esas mangas abombadas tan difíciles de planchar, todo ello bajo un sombrero de ala ancha de color burdeos: este uniforme escolar de Sévigné en Saint-Étienne suscitaba entre las alumnas, sobre todo el sombrero, sentimientos de espanto, de resignación, de enfado, pero nunca de indiferencia, ya que le quedaba mal a todas las chicas; una preocupación minimalista de elegancia prohibía en los años sesenta llevar calzado de tacón alto con pantalones, y ahora es todo lo contrario: los zapatos de tacón quedan de fábula con un pantalón ancho o estrecho; gustarte por teléfono las voces cantarinas, ligeras, cristalinas, alegres o, por el contrario, las voces graves, un poco dubitativas ante su propia gravedad, pero no la voz dura, no, ni la voz cavernosa, sino el sonido a la vez fuerte y extenuado con el que terminan las tormentas; me gustan también las voces un poco cortantes y metálicas que pronuncian perfectamente cada sílaba, en las que se nota la ortografía, la sintaxis e incluso, ¡oh perfección!, la puntuación. El ejemplo perfecto es Claude Lévi-Strauss.

Temblar al oír contar con una voz blanca y cortada unos hechos traumáticos, violentos, sangrientos, y notar que tu estómago se revuelve; ver de golpe una violenta rasgadura en el cielo tras un día más que aburrido, cruzado por rayos brillantes de oro líquido, y sentirte totalmente revitalizada; recuperar el aliento, las fuerzas, con las piernas estiradas delante de ti, apoyada sobre los codos, esperando tu turno para beber a chorro tras una carrera en bici por una pendiente algo empinada después de Chambilly; cantar con

decisión en tu piso en silencio, a pesar de la voz afectada por el paso de los años, «*Salut, salut à vous, braves soldats du 17*e… *Vous auriez, en tirant sur nous, assassiné la République*»[1], y sentirte emocionada por el «heroísmo» de esos reclutas que se negaron a disparar contra los huelguistas en Carmaux pese a la amenaza de ejecución; recoger con la yema del dedo índice mojado las migas de pan abandonadas en la mesa o las migas de la palmera caramelizada con yema de huevo esparcidas por el plato; imaginar el vuelo del pájaro del que solo se ve la sombra proyectada en una pared alta; reír sin poder parar, explotar con una hilaridad de raíces desconocidas y sospechosas, ante todas las historias de malentendidos en las que un individuo está a la defensiva, por unas u otras circunstancias, ante una situación forzosa o insalvable para él que estaba destinada a otro; acariciar la mejilla áspera de una barba de cuatro días; aspirar el olor salado y alquitranado de una sien canosa; pensar que de verdad comerías con ganas, más de cuarenta años después, gachas calientes de mijo (no sorgo) con una salsa de hojas de baobab frescas; mirar sin miedo ni asco una estoma, eflorescencia parecida a una rosa roja recién abierta sobre un vientre de piel de seda color alabastro a la que su propia presencia da la apariencia de un jardín zen; en el corazón de la soledad, en el silencio de las grandes ciudades, percibir el cascabel lejano y amortiguado del timbre de un móvil olvidado en una habitación cercana y fuera del alcance por la noche, como el sonido de una campana procedente de lo más profundo del espacio-tiempo, atestiguando que existe calor en alguna parte y que está concentrado en ti; dejar vagar la imaginación a partir de expresiones clásicas que dejan entrever el famoso «sentido común popular» y su remarcable tendencia a no mezclar los géneros, por ejemplo, *margaritas ante porcos,* perlas para los cerdos, incapaces por naturaleza de apreciar su belleza, y, sin embargo, es agradable la imagen de un cerdito rechoncho llevando una diadema de perlas grises o negras cuya luz se intensifica al estar expuesta encima de una piel suavemente sonrosada, resaltada con seda de plata; oír con serenidad en plena noche el sonido regular que hacen los latidos de tu corazón y con molestia las sacudidas nerviosas e imprevisibles de las piernas; quedarse boquiabierta ante Nadia Comaneci en

los Juegos de Montreal y admirar su transformación actual en ama de casa americana sin complejos; rascar y extirpar todos los puntos negros, los granos, cualquier rastro de verruga sin que te preocupen las marcas residuales, mientras que desconfías de las arrugas que aparecen a traición; recordar con apuro la visión que has tenido, desde el taxi en el que te encontrabas, de una amiga subiendo por la calle Belleville —tras haber compartido con ella un almuerzo animado y sonriente en el Baratin—, girándote para hacerle una señal y detenerte ante un rostro crispado por un temor o un dolor desconocido y tan repleto de malestar que has sentido ser incapaz, a pesar de la amistad, de haber notado ese estado profundo de inquietud y aún menos de ayudarla; abrir con curiosidad un paquete que habías olvidado haber encargado; hacerte una manicura permanente y elegir con sumo cuidado el color que llevarás durante más de un mes; adorar los catálogos de todo tipo, sobre todo de menaje de cocina y de ropa de casa, pero también profesional (cuando te cae alguno entre las manos); seguir durante un buen rato con la mirada las barcazas a ras del agua tan tranquila del canal de Bourgogne y haber observado con atención varias veces el paso de una de ellas por la esclusa, esforzándote por memorizar los antiguos mecanismos; no saber qué hacer con las preciosas y voluminosas vajillas de porcelana de Limoges o de bella loza de Digoin-Sarreguemines, una de ellas decorada con nostálgicas flores de geranio de color verde oliva que fue de tu abuela materna cuando se casó en 1905, unas vajillas que los jóvenes ya no quieren, pues tienen suficiente con tres platos en su apartamento demasiado pequeño; abrirse a los primeros rayos de sol, pero encerrarse como una ostra desde que empieza a hacer demasiado calor; correr como una loca para coger el bus y perderlo: *é regolare!;* observar en Vertolaye a una posadera cortando con una mano ágil y experta las flores marchitas de geranio en el borde de su terraza; intentar en vano rascar detrás de las orejas a Vladimir el circunspecto, tímido gato blanco cruzado de negro y gris, que aprovecha furtivamente las puertas entreabiertas en el rellano para deslizarse en el piso, olisquear paredes y muebles, y escapar con precipitación en cuanto se siente descubierto; haber tenido en el cole a una compañera

llamada Denise, una mocosa agresiva, jefa de banda autoritaria y mal hablada, de la que aún te acuerdas preguntándote si la vida la ha cambiado y cómo, quizá a peor como algunas protagonistas hoscas y rencorosas de Agatha Christie.

Dar a personas que aprecias mucho nombres de fantasía que se corresponden en tu imaginación con algo muy preciso, como la enfermera «señorita Victoria» o su acólito «Valentín el deshuesado», que se parece tanto al original que ejecuta con maestría una especie de malabarismo en el que sus piernas reparan los errores cometidos por los brazos o las manos, y sobre todo saber que los interesados se sienten felices de haber entrado así en otro mundo; hacer con alegría y sin lamentarse el vaciado de armarios: manteles, sábanas, toallas, trapos..., y de la biblioteca: libros que conservas, libros que das, esos bien apilados en el vestíbulo de entrada del inmueble a la espera de sus nuevos lectores, pero no de todas las baratijas y los objetos de todo tipo que te han traído como regalo tus amigos, tan contentos ellos: estos no se comparten ni en espíritu ni en realidad; ir al encuentro del océano saltando sobre guijarros puntiagudos; intentar ver cómo se abren las yemas en primavera cuando brotan; haber mantenido intacta tu inmensa curiosidad de niña por todo; haberte gustado con moderación una observación de Lévi-Strauss sobre ello: «Tiene talento de hombre», sabiendo que él quería hacerte un cumplido, pero haber reverenciado y apreciado a este hombre de sabia mirada de elefanta matriarca, sobre todo de perfil, y que también se parecía a veces —cuando salía del laboratorio, encorvado, con el cuerpo un poco torcido, el paso rápido y la mirada un poco huidiza mirándolo todo pero no viendo nada—al ilustre y genial Groucho Marx; odiar tener que pelar cangrejos, gambas y langostinos, pero que te encante, por el contrario, la lenta aproximación del corazón de la alcachofa de la que arrancas con los dientes la carne tierna entre las hojas dejando la huella de los incisivos de arriba; estar loca de inquietud por la pérdida de un manuscrito del que no se ha tenido tiempo de hacer una copia y que habías confiado a tu hermano; saber que estás viviendo tu octogésima cuarta primavera y sorprenderte de que hayan pasado tan pocas primaveras (o

veranos u otoños o inviernos), una vida que llega a su fin; desear ser proyectada en el pasado en Florencia, el día en el cual un colega y amigo, gracias de nuevo a Enric Porqueres i Gené, te hizo descubrir a la sublime *Virgen* de Pontormo y su forma llena de gracia de esbozar el gesto cuando va a girarse; tener amigas que se llaman Monique, Annick, Solange, Anne, Michèle, o Michelle, Françoise, Madeleine, todos ellos nombres cuyo sonido sitúa bien el «patio» generacional en el que jugábamos, pero también amigas procedentes de otros «patios» más próximos: Catherine, Éliane, Sophie, Terry, Odile… o todavía más, Simone, Andrée, y amigos cuyos nombres son mucho menos predictivos de la generación: Marc, Jean-Charles, Emmanuel, Jean, Aldo, Salvatore, Gérard, Olivier, Pierre-Henri…, sin contar aquellas o aquellos que han desaparecido, su nombre como un vestido vacío que se mece suavemente en la terraza soleada de una casa de campo cuando susurra cerca el follaje de los árboles (¡oh, qué reminiscencias!); apropiarse con la imaginación de los relatos y las descripciones que pueden hacerse y tener de ellos una representación mental tan viva que a veces raya la exultación: como la descripción de esa vieja granja marroquí de tierra, en el centro de un gran campo de olivos e higueras con un pozo de ladrillos, todo ello encerrado por dos lados por unos setos de chumberas que hieren los dedos de los niños y, en los otros dos, por un murete de piedra seca con una gran entrada en un lado, siempre abierta para que los vecinos del otro lado del camino puedan ir a coger agua del pozo…, todo está ahí: belleza, calma, simplicidad, serenidad, silencio, solidez, solidaridad, ingenuidad…, solo pensar en ello es tan tranquilizador: estas cosas existieron en la vida de una amiga marroquí y ella logró, milagro de las palabras y del amor, transmitir su visión a otro; construir paisajes o situaciones en torno a las palabras, como *tourmente,* que, en el dialecto auvernés del Livradois, designa una fuerte tormenta de nieve en la que no ves nada a un metro de ti y en la que un hombre puede morir a diez pasos de su casa sin encontrarla nunca (cuántos relatos horribles que se oían en los años cuarenta cuando todavía no se hablaba de calentamiento climático); querer con todas tus fuerzas que alguien que quieres lo logre algún día…; recordar las noches de cámping silvestre tras las

jornadas en bicicleta, bajo unas tiendas de tejado simple en las que se dormía sin colchón hinchable, sobre el suelo duro, solamente enrollados en los sacos de dormir, muy cerca de un río para tener agua por la mañana y tras haber obtenido el permiso de los granjeros más próximos si los veías antes de instalarte; desear aprender a reproducir los gestos rápidos de brazos y de manos que intercambian los hombres jóvenes que se encuentran en el distrito XX (y seguramente en otras partes) y también las chicas, por el contrario, negarse de forma timorata a cualquier idea de piercing, de tatuaje, aquello que marca definitivamente el cuerpo en un sufrimiento consentido; explicar por enésima vez la misma historia y seguir encontrándola divertida, reírte hasta las lágrimas, como la del viejo y digno señor con párkinson que resbala sobre el hielo y al caer se agarra al brazo de una mujer cincuentona que también pierde el equilibrio y cuando se levantan, él muy confuso y excusándose, ella ofendida le dice: «¡Señor, cuando uno se cae, se cae solo!» con toda la energía de la dignidad ultrajada; admirar una orquídea de color rosa pálido con punteado granate que vuelve a florecer casi todos los años después de seis o siete años y preguntarte acerca de cuánto dura la vida de estas plantas cuando están en una maceta; preguntarse cuál es la razón, aparte de sus numerosas pepitas, de la desaparición de las mandarinas de nuestros mercados; preguntarse «Pero, ¿qué pasa?» con la estupefacción de no haberse planteado la cuestión antes; asustarte por el número de faltas de ortografía o de sintaxis que observas en los mails y las cartas que recibes de estudiantes, de gente de letras, e incluso de universitarios; y sentirte contenta de ver que los conceptos que has forjado en tu disciplina, la Antropología Social, ya se han encaminado con valentía y forman parte del paisaje teórico enseñado y se han puesto en práctica; sentirse indolente, de verdad, y pasar toda una tarde sin hacer nada en un sillón reclinable; felicidad de la buena, como comer cruasanes para desayunar un día entre semana; asombrarte por tu inocencia que roza la estupidez ante pequeñas y clásicas estafas como la del hombre amable, educado, elegante que, un domingo por la mañana, delante de la UNESCO cerrada, te cuenta que acaba de llegar, que no ha podido encontrar a su contacto en la

UNESCO y no tiene dinero para coger un tren que le lleve al extrarradio lejano en el que debe residir, le das el dinero necesario y, ocho días más tarde, ves al mismo hombre en el mismo lugar que te quiere engañar exactamente de la misma forma: le haces ver que te está haciendo lo mismo que la otra vez y, al ver su fachada destruida, te insulta de la peor de las maneras; recordar con una sorpresa y un toque de asco las paredes y los techos cubiertos de murciélagos que viven en la cabaña en la que debes alojarte por la noche en un poblado del círculo de Ouahigouya: por suerte, o de forma previsible, se habían ido todos a las seis de la tarde para ir a cazar de noche; seguir asustándote cuando te ves en la obligación de adelantar en una carretera de un solo carril a un camión pesado con un largo remolque; rogar vigorosamente al Cielo (con C mayúscula) para que llueva el día de algunas manifestaciones, pero no en la del 14 de julio porque te gusta mucho ver el desfile en la televisión; gustarte que tu amiga Éliane desmenuce los planos del cine y sus efectos sobre el público, como la «focal larga»; haber oído una noche durante un buen rato el paso que se considera solemne —es cierto: lento, pesado, desfasado— de un autillo sobre el tejado del granero bajo las vigas en Bodélio, pero también muy a menudo las carreras alborozadas de los mapaches que han subido desde el río, trepando a lo largo de las hiedras y pasando por agujeros de ratones, una cabalgata ruidosa acompañada de explosiones de alegría que un atronador «¡Queréis callar de una vez!» procedente del piso de abajo para en seco por un momento de sorpresa suspendida, enseguida sustituida por cabalgatas de repliegue hacia las salidas de socorro, acompañadas de empujones, peleas y conflictos a gritos; usar gorgoteos espantosos y muecas en lugar de palabras articuladas cuando quieres impedir que un niño desconocido te moleste más de lo que lo hace en el tren o en otro lugar; ir al encuentro de la desgracia con los ojos y el espíritu totalmente abiertos, a riesgo quizá de superarla; sumergirse con el mayor deleite en las novelas de Henry Rider Haggard y sobre todo en *Ella,* ese triunfo de la imaginación delirante y, sin embargo, estructurada, el relato de un viaje iniciático repleto de suplicios, delicias y recuperaciones a destiempo, todo ello intensamente creíble,

incluso el modo de ejecución tradicional en el que a las víctimas se les ponen en las cabezas vasijas al rojo vivo (esto sucede en el corazón de una inmensa montaña rocosa en torno a un volcán apagado cuyo lago se ha vaciado gracias a un sistema de canales excavados en la roca por unos hombres pertenecientes a una lejana civilización desaparecida, en un lugar del Mozambique actual), y recordar de repente la época tan difícil donde la salida del *apartheid* en Suráfrica supuso la muerte a los traidores a través de la colocación de un neumático ardiendo alrededor del cuello, la obra de Rider Haggard no queda resumida a esto por suerte; apreciar también en el estilo la recreación de un pasado mítico y fabuloso, pero esta vez con un cuidado real de la historia, como las obras de Mary Renault y de Robert Graves que hablan de la Grecia antigua o de Creta con un verdadero entusiasmo; tener afición por la aventura y el descubrimiento bajo todas sus formas: encontrar un trébol de cuatro hojas, cruzarte en tu camino a un león, descubrir una edición rara, pasear ante los portales de color azul cerúleo de las casas de Sidi Bou Said, soñar con la Amazonia o ver trabajar a las ancianas pescadoras de perlas en Japón, soñar con cruzar un desierto, con subirte a un dromedario... pequeños sueños de falsa aventura mientras que has vivido la verdadera, compartiendo durante mucho tiempo y varias veces la vida de los samo; seguir siendo una ingenua a tu manera...; costarte mucho detener por teléfono la verborrea de una amiga locuaz, tan difícil de colgar como sería desenganchar una serpiente agarrada al pie; tener ganas de abofetear a quienes regalan un tambor a un niño y (por otras razones que el ruido) a quienes regalan unos cacharritos de cocina a una niña; que se te pase por la cabeza la idea de haber conocido un poco la quemazón del hambre (¡sería de una obscenidad rara pretender haberla conocido de verdad!) en dos ocasiones: de niña durante el éxodo de 1940 y de estudiante a raíz de la crisis de Suez cuando todos los trabajillos que daban dinero a los estudiantes cayeron como las hojas muertas y en la que, juntando los minúsculos ahorros, hubo que vivir con otra persona durante tres semanas compartiendo un café y una barra de pan al día; haber sumergido durante largas estancias los dedos de la mano derecha (exclusivamente) en las gachas

de mijo para formar unas bolitas, gachas que eran la comida cotidiana de aquellos con los que se compartía la existencia, pero haber conocido también los ágapes copiosos de los grandes festines familiares y la opulencia de los grandes banquetes en el campo, al final de la cosecha o de la labranza, de los que los invitados salían relucientes de sudor, más o menos «encendidos», en cualquier caso felices y exhaustos, a veces tras seis horas ininterrumpidas sentados a la mesa; preguntarte: ¿los demás se acuerdan de ti con la misma emoción que tú los recuerdas a ellos?, ¿has sido importante para ellos, en su historia, del mismo modo que ellos han sido importantes para ti, de modo distinto claro?, ¿quizá es por pura vanidad que crees haberles dejado un recuerdo, una imagen que sea bella y memorable para los demás?; sorprenderse de la facilidad con la que ya no se habla, muy rápido, de los muertos de tu entorno a partir del momento en el que superan el primer círculo de parentesco o de vecindad: quizá eres la única que recuerdas a un bisabuelo que conociste de niña y que vivió tres guerras contra el mismo enemigo: 1870, 1914-1918, 1939-1945: hablaba de los alemanes con términos peyorativos, sin poder explicar de verdad lo que sentía por ellos; tener el corazón insaciable, todavía con hambre; sentirte en emboscada permanente y vigilante para captar el detalle no habitual que te ayude a continuar: observar, por ejemplo, una ruptura en el vuelo de un pájaro, la mirada insólita de resentimiento inexpiable que lanza un chiquillo hacia su entorno, los altercados entre automovilistas —llenos de tacos en todas las lenguas y de desafíos ridículos, pero cuya rugosidad salta a los oídos—; divertirse confeccionando un alfabeto gestual agresivo en todos los lugares; haber tenido durante un tiempo unas alucinaciones nocturnas de un realismo asombroso: alrededor de la cama, unos médicos y enfermeras inmóviles, atentos, silenciosos —que no contestan a las preguntas—, de mirada fría, las manos en los bolsillos y el estetoscopio alrededor del cuello y que desaparecen de golpe, todos juntos, mudos; ir con el coche al atardecer, hacia las seis, hasta el borde del espigón del pequeño puerto de Doëlan a contemplar el mar e irse, tras una última mirada a la orilla derecha, a la casita de Paul Guimard y de Benoîte Groult, solo un momento, con las

manos en los bolsillos y regresar con una profunda y simple satisfacción (un ritual que el cliente del pequeño hotel al borde del espigón ve repetirse todos los días como una procesión grave y necesaria que ahora ya se hace en coche, pero siempre para lavarse el alma, los ojos, la cabeza, el corazón…), mucho más eficaz aún que tomar después (según los gustos) una copa de vino tinto o una onza de chocolate negro; apreciar la suavidad de algunas formulaciones irónicas tan bien contorneadas que el destinatario de la flecha, muy inocente él, se ríe como todos los demás sin sospechar que va dirigida a él; haber visto en Bodélio, en la Bretaña, en un invierno muy frío, uno de los espectáculos más inocentes e inesperados que la naturaleza puede ofrecernos: en un rincón del prado de arriba, encerrado por altos muros, un conjunto de listones murales y un techo componen un refugio con paja para el ganado, este se instala para dormir allí siempre de la misma manera: primero los dos grandes ponis se tumban en el lado izquierdo uno y en el derecho el otro, con los espinazos tocándose desde la cola hasta el desvío del hombro, así se forma como un nido hueco, una especie de triángulo que queda tapizado por sus crines desplegadas, y es en ese hueco que se acurruca la cabra, con la espalda rugosa entre los dos cuellos equinos, y es en el hueco que ella misma modela con sus cuatro patas replegadas donde se instalan, a su vez, de manera muy precavida, los tres gatos: Petite Mère, Mitchum y Jeune Gandin, de los que hablo en *La sal de la vida.* Todo este pequeño mundo enlazado duerme, ronca y sueña… Se agitan con suavidad, se sienten felices, y nosotros también de tanta quietud.

Segunda parte

Moldeados

En el día de hoy, lunes de Pascua de 2017, hace frío; es un día gris, infinitamente triste, y nos preguntamos de dónde saldrá la chispa, la emoción, puesto que vendrá de forma suntuosamente inesperada, como siempre.

Una jornada tan larga; hace días que ha desaparecido la luz matinal. ¿Debilitamiento de la mirada encima de las cosas? ¿De la vista? ¿De la retina? O, por qué no, ¡de los rayos de sol! La naturaleza se debilita al mismo ritmo que nosotros cuando la sobrepasamos en el camino de la pérdida donde nos acompaña amablemente, confundiéndonos: es ella quien se extenúa y se contrae, no nosotros. La naturaleza en nosotros, unida a nosotros, cuando las yemas se abren, está ahí para decirte, a ti el elegido y a ti solo, que tú eres el único que puedes percibir la totalidad de su empuje y de su belleza intransigente, generosa, belleza de la turgencia, belleza de las eflorescencias, belleza de la gracia soñadora de las corolas, de los estambres y de los pistilos colocados de forma diferente según las especies y belleza transparente de su nombre: asfódelo, bola de nieve, botón de oro, crisantemo, dedalera...

¿Qué significa saber, qué significa envejecer?

Estas dos palabras se asocian habitualmente en el uso ordinario. Los viejos son sabios, la biblioteca se muere. En las viejas ollas se guisan las mejores sopas. ¿Por qué una afirmación tan corriente eriza el vello de aquellos a los que está destinada? Tú, que sabes tantas cosas, que has aprendido tanto de la vida; tú, que eres un pozo de ciencia como se dice, acepta para ti mismo, que has dedicado tu vida a la ciencia, el respeto que se te debe. El desafortunado pozo de la ciencia, bajo el requerimiento que se le ha hecho, se convierte en lo que nunca dejó de ser: un pozo sin fondo de espanto, de angustia, de miedo paralizante ante la inmensidad de su ignorancia y de los campos del saber en los que nunca se

aventuró.

Este saber no dominado enteramente por el alma se siente azotado, triturado por la punta fina de la duda, lo único que desborda de esta dualidad que se le acredita, punta tan afilada, tan desgarradora que no se puede decir nada. Las palabras fallan, los límites de las cosas se difuminan, todo lo que estaba claro se ensombrece. ¿Qué sé? Nada, tan poco, demasiado poco, la espuma, el polvo. Cuando se plantea una pregunta, el cerebro no controla más que los seis o siete conceptos que pueden reunirse y percibirse de golpe, como lo que hace surgir la punta aguda del tocadiscos en un momento dado, el resto no es más que potencialidad, suspendida en el instante.

¿Qué sé? Tengo conciencia de que no sé nada, apenas sé vivir.

Estoy muy dotada para la procrastinación y todos los días me obligo a quitarme de encima por lo menos un trabajo pesado, como hacer la declaración de la renta justo antes de la fecha límite, pero siempre me encuentro con un montón de cosas atrasadas que van desde la carta de una antigua condiscípula del instituto hasta las peticiones de apoyo para organizaciones no gubernamentales, desde un anuncio guardado para una compra potencial hasta una carta oficial solicitando una participación en un coloquio u otro acto cualquiera al que sabes muy bien que no vas a acudir, pero tardas en responder sin más razón que la procrastinación.

Hace poco, me sentí consternada al tomar conciencia de forma brutal, en la luz malvada de un umbral iluminado en un pasillo oscuro, del cambio que se había producido en la fisionomía familiar de una amiga que siempre me imagino, tanto mentalmente como en la vida, con su rostro amable de juventud, sonriente, expresivo, afable; en el espacio de un relámpago se me aparecieron en un relieve fulgurante las arrugas, los tendones del cuello, la carne descolgada: fue un verdadero escalofrío y luego, por suerte, enseguida volví a la amable percepción anterior… No te alegras, ni mucho menos, de ver envejecer a las personas jóvenes de tu entorno, de ver cómo su brillo se marchita, sus mejillas llenas se ahuecan, cómo aparecen las pequeñas arrugas y las patas de gallo y las grandes arrugas verticales que forman el ceño entre las cejas,

cómo se descuelgan las comisuras. Pero todo esto no es nada más que el proceso normal en la decrepitud de todos los cuerpos vivos. En una siempre queda su pelo brillante; en otra, sus ojos de satén oscuro; en la tercera, una sonrisa perpetua con las comisuras algo levantadas como las de un famoso ángel; en otra, una ligereza de lianas que se encorvan y se enderezan con tanta gracia que te quedas deslumbrada; la autoridad amable y protectora de una; la energía fenomenal de otra de la que te preguntas cómo aguanta saltando de una actividad a otra, diez veces por lo menos durante el día; y en todas ellas una bondad natural y la capacidad de dejar florecer y reflorecer una amistad iniciada hace años. Así pues, ¿qué son las «amigas de hace treinta años» bajo esta perspectiva? Chorradas. Ya hemos tenido tiempo suficiente para medirnos, juzgarnos, apreciarnos en todos los sentidos del término. Nuestras relaciones no tienen nada que ver con ningún interés, un «provecho». Son una respiración necesaria en nuestros días. ¿Qué sería de mí sin este anclaje tan fuertemente estibado en mi historia como yo espero serlo en la suya?

En aquella época, en aquellos tiempos, en el pasado, antaño... Un amigo cuenta, entre divertido y desconcertado, la manera en la que su hijo de ocho años se sirve de la expresión «en aquella época»: de forma absoluta y no relativa. No se refiere a la época de los galos, un largo periodo; a la época de la guerra de 1914-1918, un acontecimiento importante de larga duración; ni a la época en la que se estrenó la película *Lo que el viento se llevó,* un acontecimiento menor, puntual, pero significativo de una época justamente. Para este niño, y sin duda para los de su edad, la palabra «época» remite de forma indistinta al pasado, al tiempo de los padres y de todos cuantos les han precedido, todos juntos, sin profundidad genealógica ni cronológica. «En aquella época» significa amablemente «en tu época», es decir, que la expresión es el simétrico, el recíproco de «en mi tiempo» usado por los adultos. «En mi tiempo», dicen unos. «En aquella época», dicen otros, algo despreciativos, en cualquier caso poco deseosos de saber más, de profundizar en el tema. A cambio, esas palabras, «en aquella época», «en mi tiempo», «antes», restallan como las reivindicaciones identitarias que se

producen en el cara a cara de las generaciones: si el pasado de la época era bueno, era porque yo formaba parte de él. Una niña de siete años se divertía (hace unos quince años) preguntando a su abuelo sobre lo que apareció o no «en su tiempo». ¿El automóvil? «No. Fue antes», dice el abuelo. ¿El avión, la moto, la lavadora, la televisión? Todo pasa por el tamiz del «en tu época» o «antes». Y luego llega el móvil. «¿Y el móvil?», dice la pequeña. El abuelo contesta: «El móvil es de tu tiempo. Apareció después de que tú nacieras». Silencio que se eterniza. La niña toma conciencia de golpe del peso de la Historia y de que forma parte de ella: alguien podrá decir de ese momento concreto que está viviendo «de tu tiempo», «en tu infancia», «en aquella época». Se trata de una revelación sorprendente y crucial la del paso de la conciencia de un estatus de ego manipulador, dispensador, organizador por lo menos, al de la hormiga que trabaja en la sombra con todas las demás en la creación de lo que será percibido como un arte de vivir más adelante, representativo de su época.

Conozco a un gato que se llama Vladimir. Es blanco y miedoso. Su comportamiento no tiene nada que ver con su nombre guerrero. Entra con temor, roza las paredes, las olisquea, pero se escapa enseguida si alguien quiere ponerle una mano encima. Es imposible acariciarlo. Un día, tumbada en mi habitación, convaleciente, algo cambió de repente en la consistencia del aire o del silencio: abrí los ojos, Vladimir estaba allí, belleza blanca, inmóvil, como un búho, sentado encima del edredón a los pies de la cama. Mirándome, como si esperara algo que no se producía. Había aprovechado una puerta mal cerrada en el pasillo. Hubo una especie de intercambio. Ya no sé quién de los dos dijo «miau».

Antiguamente se decía de los ancianos que vuelven a la infancia. Casi siempre se trataba de estigmatizar un debilitamiento de la razón y de todas las funciones cognitivas. O quizá quería ponerse en evidencia una afinidad en el razonamiento y la dependencia física y afectiva con la niñez. Constantemente nos presentan emotivas y agradables imágenes en las que niños y ancianos están juntos y se proporcionan placer mutuo. Pero ¿tienen otra opción? Permitid que lo dude. La reprobación social sería feroz hacia quienes prefiriesen disfrutar de su tiempo libre antes que

«sacrificarlo» cuidando de sus nietos, como una guardería. La expresión «guardería», de guardar, es sorprendente en sí misma. Se guarda un rebaño para evitar que se pierda. Se «guardan» bienes y se «guardan» niños. Guardar, antes de nada, es proteger una propiedad y también controlar, vigilar (se guardan las distancias). Vale tanto para los bienes, los muebles y los inmuebles, las ciudades en sus murallas, el poder. Pero cuando se trata de niños, guardar también significa mantener limpio, vestir, abrigar, mimar, educar, jugar, alimentar, amar. ¿A través de qué truco de magia se ha pasado de la anodina vigilancia a esta multiplicidad de labores que no están enunciadas, pero están implícitas? Quizá porque la guarda de los niños —y todo lo que supone— pertenece al mundo de las mujeres en la conciencia colectiva. Qué hay más simple y más desprovisto de valor que ese «guardar»...

No poder ya decidir por uno mismo el empleo de su tiempo es algo muy doloroso. No se trata aquí de los horarios que estructuran la vida dedicada al trabajo, sino al conjunto regulado de la vida cuando depende de la llegada de horarios aleatorios y de la presencia de varios profesionales de la salud. Hay que hacer un aprendizaje de la espera. Una espera sin otro fin que esperar la buena voluntad de los demás. ¿Por qué se dispone más fácilmente del tiempo de alguien que está acostado que si está de pie? ¿Acaso la relación vertical/horizontal equivale a una relación activo/pasivo porque la horizontalidad es igual a estar en la cama, que es igual a inacción, que es igual a no hacer nada, que es igual a completa disponibilidad?

Sería algo muy doloroso quizá, o más bien molesto, pero lo que causaría mucho dolor sería no tener ninguna cara conocida a la que esperar, ninguna persona con quien contar, a quien saludar alegremente por su nombre, a quien sonreír y que te respondiese con las mismas atenciones que le has dedicado a ella.

Hace tanto frío este 7 de mayo de 2017 que sin duda quedará en los anales por otras razones que la de que para escribir llevo mitones negros con unos brillantitos y un gran chal de cachemir muy suave, ligeramente trenzado, entre azul muy claro y gris, que me regaló alguien que quiero, todo ello

encima de un vestido estampado en el que domina el verde anís y que me he puesto para hacer llegar la primavera. «Primavera, ven, te lo ruego, ¡y no saltes por la ventana!». Debo parecer un poco «kitsch», como dicen los jóvenes de ahora. ¿Cómo puede ser que recuerde tan poco de mi niñez, de mi adolescencia, tan poco de los grandes lienzos de mi vida adulta? Un día todos saltaron por la ventana. Recuerdo momentos que debieron ser fuertes o decisivos, de los grandes calores del verano de 1942 por ejemplo, de mis primeras cosechas a la antigua. ¡Ay! Muchos de estos momentos eran desgarradores. El éxodo de 1940 y las bajadas en picado de los aviones italianos; los grandes bombardeos aliados sobre Saint-Étienne, Rive-de-Gier, La Ricamarie; la línea de demarcación entre la Francia libre y la Francia ocupada y, por ello, la separación de nuestra pequeña familia; la escucha misteriosa de Radio Londres. Otros recuerdos infantiles emergen, graciosos, pero su huella ha quedado solo debido a una humillación. No haber entendido nada, por ejemplo, cuando la maestra hizo que pidiéramos a nuestros padres una muestra de nuestra orina para una búsqueda sistemática de albúmina, y el espanto y la vergüenza que sentí cuando oí que mis padres me dijeron que lo hiciera y me ofendí al pensar que ellos no habían entendido lo que de verdad pedía la maestra...

¡No! Ni pensar en llevarle un bote de pipí cuando seguro que quería otra cosa.

Recuerdo naturalmente la clase Sévigné en Saint-Étienne, pero de forma global. Aunque algunas imágenes flotan: las niñas de la misma clase reunidas bajo un cobertizo en círculo para cantar una canción.

«*Y avait dix filles dans un pré,*
Toutes les dix à marier.
Y avait Dine, y avait Chine,
Y avait Claudine et Martine,
Ah! Ah! Ah!
Catherinette et Caterina,
Y avait la belle Suzon,
La duchesse de Montbazon,
Y avait Célimène,

Et y avait la Du Maine.
Le fils du roi vint à passer,
Salua Dine, salua Chine, etc.
Embrassa la Du Maine.
À toutes il offrit un bijou,
Bague à Dine, bague à Chine, etc.
Collier à la Du Maine.
À toutes il offrit à souper,
Pomme à Dine, pomme à Chine, etc.,
Orange à la Du Maine.
À toutes il offrit à coucher,
Paille à Dine, paille à Chine, etc.,
Et lit à la Du Maine.
Et puis toutes il les renvoya,
Renvoya Dine, renvoya Chine. Etc.».

(Deberíais haber visto cómo los brazos restallaban brutalmente para despedir a las que salían).

«*Et garda la Du Maine*»[2].

Todas queríamos hacer de Du Maine o de príncipe: había que echarlo a suertes. Y es de eso que me acuerdo, y de los uniformes color burdeos con un gran gorro en la cabeza, y nada de mis estudios ni de mis profesores, salvo de una grotesca profesora de inglés que llevaba encima de la cabeza una gran elaboración de bucles entonces de moda, ni de mis compañeras, excepto aquella pequeña arpía de la que he hablado antes y que tenía la habilidad de convertir las relaciones de unos y otros en odiosas, y de otra que era mi amiga, buena niña y tranquila.

No recuerdo el viaje ni la instalación propiamente dicha, pero sí nuestra llegada a París cuando estaba en tercero, en el instituto Racine, situado frente a una entrada lateral de la estación de Saint-Lazare, entre la calle Rome y la calle Rocher. Fue una ruptura radical con el pasado en Saint-Étienne y la escuela de monjas. Allí aprendí a pensar por mí misma, gracias sobre todo a una profesora de francés, animosa y fuerte, que fui a ver un día a su casa cuando estaba enferma. Esta visita me dejó desconcertada porque ella estaba

en camisón en su cama deshecha, lo que era comprensible, ya que estaba enferma. Pero algo no cuadraba, y yo no le podía dar nombre, pero no era otra cosa que la desacralización.

A partir de la clase de Filosofía se produjo una ruptura con cualquier tentación de evasión filosófica, debido a lo repelente que fue una vieja profesora que estaba a punto de jubilarse y leía sin levantar los ojos, con una voz monocorde, un libro manuscrito encuadernado, tan manipulado desde hacía tantos años que se caía a trozos. Empezar por Kant en aquellas condiciones a los quince años es duro cuando no estás preparada para ello. Extrañamente es la única profesora de cuyo nombre me acuerdo.

Tenía graves problemas con la gimnasia, el salto de altura y los aparatos, sobre todo, pero lo compensaba, con lo flaca que estaba, con el lanzamiento de peso. Me sentía muy orgullosa de ello, así como de tener una hermosa voz de soprano y que me hubieran cogido para cantar en la coral de los institutos de París, sobre todo en la ceremonia de entrega de premios en el gran anfiteatro de la Sorbona o en el teatro de Châtelet cantando obras de Juan Sebastian Bach. Y luego, por supuesto, estaban las clases de cocina de los sábados por la mañana. ¿He dicho que el instituto Racine era un centro para chicas, del mismo modo que Chaptal, entonces colegio de secundaria, era para los chicos? Así pues, teníamos clases de costura —desde el corpiño hasta el puño irrompible de una camisa masculina—, de calceta y de cocina. Nuestras familias sacaban provecho de nuestros aprendizajes, desde la ensalada de apio hasta las natillas. No tengo malos recuerdos de todo ello y seguramente conservo en algún cajón algunos ejemplos de mis trabajos con las agujas de aquella época.

Recuerdo haberme casado en 1958 en Tougan ante un comandante del Círculo (circunscripción administrativa) de lo que por aquel entonces era el Alto Volta, muy asombrado por hacer el papel de oficial de estado civil para una boda de europeos (como se decía entonces para no decir «blancos»).

Yo llevaba, si se me permite esta referencia a la vestimenta, un vestido de princesa con bordado inglés, de forma acampanada, ajustado y luego abierto en corola, enviado desde Francia con un gran coste por mi parte, y sobre todo unos largos guantes blancos que subían por encima del codo y

que dejaron atónitos a todos los que los vieron: los niños se amontonaron y se empujaban para verlos, curiosos e intimidados.

A orillas del río Sourou vivía un agrónomo desde hacía mucho tiempo; se había hecho amigo nuestro y su casa era un lugar de paso obligado para encontrar un mínimo de confort (un grupo electrógeno, duchas, comidas de verdad, la lengua francesa para expresarse, periódicos caducados...), aparte del recibimiento amistoso. Sacó fotos de mis brazos enguantados desde todos los ángulos, guantes blancos bajo los *balanzans*[3].

Este administrador fue sin duda el último comandante «blanco» antes de la independencia. Pero, cosa extraordinaria, los siguientes administradores, puramente burkineses, siguieron siendo considerados como de color blanco. El blanco era el color del poder y, por lo tanto, de la administración; se iba a casa «del blanco» aunque su piel fuera, evidentemente, negra.

Para nosotros, los demás, etnólogos que íbamos a presentarnos y a mostrar nuestros documentos de acreditación en cada estancia, el paisaje no había cambiado. Una colina apartada de la ciudad (una aldea más bien), la «residencia» instalada en la cima. Sin embargo, todo había cambiado: cuando te acercabas, veías que el jardín floral mínimo apenas cuidado ya no existía, sustituido por un terraplén rocoso en el que picoteaban las gallinas; en el interior del patio sonaban, como un canto de tórtola, las voces cálidas de mujeres, silabeadas por el ritmo binario o ternario de las majas en el mismo mortero, y los gritos de los niños. Lo que saltaba más a los ojos se encontraba en el interior: el salón de recepción seguía siendo el mismo con su mobiliario, como inmovilizado por una varita mágica. Nadie de la familia podía entrar en él. Estaba silencioso y un poco polvoriento. Pero el gran cambio visual era otro: todos los muebles, sillones, canapés, sillas, aparadores, mesas bajas o altas estaban colocados con cuidado unos junto a otros contra las paredes, en lugar de la fantasía habitual de los sillones delimitando un círculo acogedor, en torno a una mesa baja con su cesto de frutas: otra estética se había adueñado del lugar. También esta estética se revelaba en la demanda de

retratos individuales o de grupo, rígidos, de pie, en una pose que reflejaba el horror de la instantánea que rompía las líneas. La dignidad del pobre está en su postura, ante todo.

Puedo, me parece, pasarme muchas horas antes de dormirme con un libro en la mano, pero me olvido de leer, escuchando a través de mi oído derecho el ruido sordo y tranquilizador, aunque no regular, de mis pulsaciones cardíacas. Está ahí, no cesa, a veces se interrumpe para retomar el ritmo como a duras penas, sin ganas. Pero vuelve, fiel a su cometido. La mayor parte del tiempo es sordo, vagamente solemne, como el paso rítmico de un ejército en marcha, a veces retumba o parece que se va a sublevar, a veces es sutil. Pero su característica es su fidelidad en mi oído derecho que me permite contarlo, ese pulso, cuando el tiempo se detiene en un vacío que acaba de colmar por completo.

Hace un rato (estamos a 19 de mayo de 2017) el tiempo estaba triste. Había nubes grises pesadas muy bajas. Llovía. En menos de una hora, el tiempo ha cambiado: el cielo está azul, uniforme y tierno, y el sol hace resurgir la soldadura entre dos paredes, una blanca, la otra color cáscara de huevo. Es un refinamiento que nos regala el sol, simple como dar los buenos días, pero distinguirlo e identificarlo como una proeza del instante encarna el paso de la ensoñación a la conciencia, de lo implícito a lo explícito. ¿Por qué mi atención, algo dispersa, se ha sentido atraída de repente por este juego de luces y de colores? Quizá la brusquedad del paso de un estado al otro, o una vivacidad que baila y se instala allí donde reinaba la inmovilidad apenada, como en *Cantando bajo la lluvia*.

En clase de sexto, la niña un poco deforme, calumniadora y malvada que yo temía más que a nadie, era también la que poseía las claves de múltiples saberes. Más adelantada que nosotras, seguramente mayor, muy insolente, formaba parte de la élite y hablaba por los codos, incluso en presencia de los profesores. Estaba rodeada de una corte que parloteaba acerca de los grandes temas, y las demás estábamos excluidas. Yo merodeaba, me moría de ganas por acceder al gran saber… Lo logré. Explicaron, a la pequeña imbécil que yo era, lo que era la regla de las chicas: aparecía un día y, luego, volvía todos los meses. Estaba aterrorizada. Esta perspectiva me

afectó durante muchos meses. Por lo menos no me asusté mucho cuando la regla llegó y, si no recuerdo mal, no tuve ninguna explicación por parte de mi madre.

Creo que las mujeres de mi edad lo entenderán.

Por lo menos, gracias a ella pude de repente dar sentido a fragmentos de lecturas que durante mucho tiempo se me habían escapado. El primer texto (me pregunto dónde lo encontré) versaba sobre Sarah Bernhardt. Interpretaba en el escenario *L'Aiglon* de Edmond Rostand y llevaba unos pantalones blancos ajustados, por no decir pegados. Una periodista hablaba de los nervios de la diva, que se encontraba en sus «indisposiciones» mensuales, porque aquello no se viera de forma desafortunada en el blanco de sus pantalones. Realmente aquello avivaba la imaginación de una chica joven: ¡de qué indisposición podía tratarse y por qué aquella «indisposición» se podía ver en unos pantalones y no en una blusa! Más adelante reconocí el término «indisposición» en una nota de excusa redactada por mi madre para los profesores de gimnasia: «Les ruego que la excusen, Andrée-Françoise está indispuesta».

El segundo texto es un artículo de periódico olvidado en la mesa de la cocina, en Saint-Étienne. Debía ser hacia 1943-1944, no mucho más. Por aquel entonces se buscaba a una banda de criminales, escondidos en las montañas de Forez, y en el bosque se había encontrado un campamento reciente. El texto decía algo como esto: «la presencia en los alrededores de ropa con restos de sangre hace pensar a los investigadores que entre ellos hay una mujer». Mi asombro como joven lectora impulsiva e ignorante fue mayúsculo: a través de qué recursos de deducción lógica se podía pasar de los hechos observados —ropa con restos de sangre— a la conclusión: hay una mujer entre ellos. Me preguntaba si las pieles femeninas, frágiles, sangraban más que las de los hombres cuando debían desplazarse por los matorrales...

Tengo aún otro recuerdo de joven adolescente, en Livradois, al final de la guerra. Que el lector me perdone estos detalles: en aquella época, las compresas no eran desechables, se fabricaban en casa, un cuadrado de vieja toalla que se podía doblar en tres a lo largo y que llevaba, cosido a lo largo de la línea central y sobrepasándola ampliamente, un lazo de

dos dedos de ancho de tejido fuerte, lazo que se fijaba con imperdibles a un pequeño cinturón extensible que se llevaba pegado al cuerpo bajo la braga. Les llamábamos familiarmente los «paños», ropa íntima que había que dejar en remojo, lavar, hervir, y que se colocaba al aire libre en las cuerdas de tender cerca de las casas. Todo el mundo controlaba atentamente de este modo la presencia mensual, en la cuerda de tender de los paños, de las mujeres casadas y cualquier embarazo se conocía por parte del vecindario desde el principio (¡salvo en el caso de falso lavado debido a la duplicidad!). La palabra que se usa en francés para el paño, *drapeau,* curiosamente tiene varias acepciones: bandera nacional, bandera de los ejércitos, estandarte guerrero, todos ellos mojados con la sangre de los hombres caídos en combate, y muy lejos de todo ese lodo glorioso, el humilde rastro menstrual dejado siempre en las cortezas, en las hojas, en las telas, por los millones de mujeres que nos han precedido. Una aproximación semántica en torno al *drapeau* que evoca al mismo tiempo la gloria y la clandestinidad, lo ostensible y lo oculto (oculto, sellado, escondido), lo claro y lo oscuro, y más bruscamente, más básicamente fisiológico, las oposiciones o categorías binarias que acompañan la relación ideal y real de los sexos en todas las sociedades humanas (activo/pasivo, gloriosa muerte en combate/muerte en el parto, caliente/frío, seco/húmedo...).

Como las demás chicas de mi generación, educadas en un centro religioso católico, en un medio pequeñoburgués poco cultivado, no sabía nada de la vida. Cogidos de la biblioteca de mi padre, poco abastecida, leía a escondidas (con la linterna bajo las sábanas) novelas de Paul Bourget o de Henry Bordeaux; historias como las de *Yamilé sous les cèdres,* cuyo título aún me produce cierto efecto, me hacían vibrar. Era muy romántica. No sabía nada de la sexualidad, del sexo masculino, del acto claro, pero tampoco mucho más de la procreación, de la gestación, del parto. Ya era muy adulta cuando ayudé a parir a mi siamesa azul en su primer parto. La primera cría no quería salir, recuerdo a la perfección el gesto sagrado y delicado que tuve que hacer, sin duda no del todo suave, ya que la gata maulló mirando hacia mí. Nunca

me habían invitado a asistir al nacimiento de terneros o lechones en la granja donde pasábamos las vacaciones. Aún lo lamento.

Así pues, fui consciente de un aspecto femenino solo de tipo sexuado intentando dar sentido a mis dudas de hacía tiempo, que nunca habían encontrado respuesta en los adultos, ni en los padres ni en los profesores.

Por el contrario, fui consciente de la muerte, el duelo, cuando tenía dieciséis o dieciocho años a raíz del fallecimiento con poco intervalo de mis bisabuelos Genêt, padre y madre de mi abuela materna. Los velé toda la noche, al uno y a la otra, sustituyendo a los adultos, exhaustos. Recuerdo con agudeza sus manos entrecruzadas sobre un rosario, la toalla anudada provisionalmente alrededor de la mandíbula, las ventanas y el espejo tapados de negro, el agua vaciada de la jarra del conjunto de aseo de loza, las velas de luz danzante y ese color marfileño en sus rasgos.

Vi la muerte anónima, brutal, sangrienta, en los caminos del éxodo, y a raíz de los bombardeos terribles encima de Saint-Étienne y del valle industrial de La Ricamarie. Cada estallido de bomba quebrantaba todas las paredes de nuestra escuela, incluso las del sótano en el cual nos habíamos acurrucado, atenazadas por el miedo. Al volver a casa después de uno de ellos, vi, detrás de un camión aparcado delante del hospital, un cargamento de varios muertos con una cabeza cortada en el suelo, que miré con fascinación e incomprensión antes de que me echaran del lugar.

También estuve cerca de la muerte en África, en el Alto Volta de entonces, que luego fue Burkina Faso. Intenté varias veces con éxito frenar su camino hacia los niños. Había dos recién nacidos cuyas madres habían muerto en el parto o de fiebre puerperal y que sus abuelas me trajeron con gran dolor; esas mujeres mayores, de senos vacíos, se arrodillaron ante mí y no pude evitar que lo hicieran. Me dijeron que ellas ya no tenían leche. La frase puede parecer sorprendente viniendo de mujeres muy ancianas. De hecho, pude ver a niños que amamantaban de viejos pezones y no se trataba tan solo de jugar con una tetina. La explicación es simple. Si una mujer, desde su pubertad, no ha dejado de alternar embarazo y periodo de amamantamiento y de su último parto no hace

más de dos o tres años, basta con la succión de un bebé para reactivar los canales galactóforos. Pero esas abuelas habían superado ese tiempo. En ambos casos, fui a la capital a abastecerme de leche en polvo para diferentes edades, de biberones y tetinas, y enseñé a las mujeres cómo usarlos. Así, tengo una hija, Nasaralo, «la hija blanca» o «la hija de la blanca», y un hijo, Nagulé. Vinieron a verme más adelante, jóvenes adolescentes y luego ya adultos en estancias posteriores.

El caso más espectacular aún me emociona y suscita en mí el mismo sentimiento de culpabilidad. Como todos mis colegas etnólogos, tenía un pequeño botiquín para los problemas leves, pero esperaban de mí milagros, y tuve que poner un poco de orden para no dedicar a los cuidados todo mi tiempo. Se había acordado que la gente podía venir a las seis de la mañana y a las seis de la tarde. Un día me avisaron, hacia el mediodía, de la presencia de un hombre acompañado de su hija pequeña, procedente de una aldea lejana y que de momento había sido acogido por un vecino. Les dije que tenía que venir a las seis. Cuando llegué, el padre y la hija me esperaban bajo mi choza de paja. La niña llevaba un pie escondido bajo capas de tela manchadas de pus, de sangre y de tierra. Deshice la tela con precaución y debajo descubrí lo que pocos médicos curtidos del mundo occidental pueden decir haber visto, a saber, una úlcera gangrenosa que devoraba la carne del tobillo y de la parte baja de la pierna izquierda, dejando los huesos desnudos entre los que asomaba una masa compacta de grandes gusanos blancos. Limpié todo lo que pude, envolví la pierna en una toalla limpia y nos fuimos al hospital de Tougan. Hospital es una palabra que le queda grande. El edificio existía y el hospital estaba dirigido por un hombre extraordinario, enfermero de la Escuela de Dakar, que hacía lo que podía con los medios con los que contaba. Había que comprar todas las vendas a la farmacia libanesa, los enfermos acudían con estera y con sus provisiones e iban acompañados por algún familiar que les preparaba la comida.

Llegamos y el personal se arremolinó a nuestro alrededor. El caso era raro y espectacular. El enfermero me explicó de qué se trataba. Pusieron a la niña en posición sentada

semitumbada encima de una mesa y cinco o seis hombres, entre ellos su padre, la sujetaban para que no se moviera mientras le limpiaban minuciosamente la úlcera con los productos que había podido comprar. Sacaban los gusanos con pinzas. El padre se desmayó y cayó al suelo, sin sentido. La niña no dijo ni una palabra, no expresó de ningún modo el dolor que a buen seguro sentía, no gritó, no lloró, no protestó, no se retorció…, parecía casi no humana en su estoicismo de diez años de edad.

En cuanto a mí, aguanté como pude, lo que no dejaba de sorprenderme. Me creía incapaz no solo de participar en la limpieza de la herida, sino simplemente de asistir a ella. Pero fue algo bueno: ahora ya tenía la certeza de que podía echar a un lado mis emociones mientras actuaba. El momento de vomitar ya llegaría después.

Aún siento vergüenza por haberla hecho esperar. Vino a verme años más tarde para darme las gracias. Se había casado, tenía ya uno o dos hijos y un tobillo izquierdo de piel demasiado fina encima de los huesos, pero estaba viva.

Me formé emocional y afectivamente con experiencias de aquí y de allá. Algo pasó durante mi infancia que me dio solidez. Algunos de mis amigos y parientes incluso se asombran de mi capacidad para recuperarme físicamente tras graves enfermedades o largas hospitalizaciones (hasta nueve y doce meses seguidos). Creo que es efecto de la guerra y esa alternancia de días de espanto intenso durante el éxodo o los bombardeos y los días de felicidad en las granjas de mi niñez: L'Espinasse; La Courtade, la casa del tío Joseph Friteyre, con bigotes tipo Vercingetorix, y la tía Anna, cuyo recuerdo aprecio mucho; L'Imberdis, donde vivía un maravilloso viejo primo, Pierre Monteilhet, alcalde de su población, con la voz ronca de un gaseado de la guerra de 1914, su mujer Nini, arrugada, vivaracha y tan graciosa, y sus dos hijos, Jean y Germaine (esta última acaba de morir); también con un montón de gatos sentados a nuestro lado en los bancos mientras merendábamos, esperando los bocados que les dábamos de galletas mojadas en el café. ¿Cómo podíamos pasar tan fácilmente de un mundo al otro, de las alertas nocturnas a los saltitos en las carreteras no alquitranadas en

busca de grandes trozos de mica, del terror puro y duro al placer de coger los cangrejos por la cabeza, de ir al campo a vigilar a las vacas y a la cabra por la mañana y por la tarde?

Es esta capacidad de alternar fácilmente austeridad y prosperidad, enfermedad y salud, ganas de vivir, miedo a morir, lo que me da fuerza y resistencia.

Pero, es cierto, no conocí los grandes horrores de la guerra: la deportación, los campos de concentración, los piojos, la sarna, los malos tratos, el hambre, la muerte implacable, los hornos. Solo siento vergüenza íntimamente por poder recordar momentos felices durante mi infancia.

Creo que es también debido a esta capacidad por la alternancia, por pasar de un modo de vida a otro, de un estado físico o emocional a otro, que adquirí una forma de indiferencia o de aplomo con respecto a todo lo que le sucede a mi propio cuerpo. Por el contrario, me afecta directamente al corazón todo aquello que perjudica a la salud o a la vida de mis seres queridos, sobre todo a mi hija. Por mi parte, nada me daña: puedo hablar clínicamente de todo lo que me pasa. Lo que mis amigos denominan fortaleza de espíritu no es más que indiferencia; lo único que me preocupa de verdad es no sufrir demasiado. Pero no creo que, por naturaleza o por educación, sea una persona especialmente resistente al mal. Logro tomar distancia con relación a lo que sucede y a veces, incluso, puede interesarme por su extrañeza o su inmediatez. Pienso en un «vólvulo» cuya mención me ha hecho reír, para indignación del cuerpo médico.

A menudo he observado, cuando alguien reaparece en la vida de otro tras una larga ausencia, que ese momento de paso, con lo emocionante que es, nos parece que no solo tiende un puente entre el pasado y el presente, sino que más bien aniquila totalmente el tiempo que separa el pasado y el presente. Nos encontramos «como si fuera ayer», es decir, se sobrentiende el último día en el que hemos estado juntos. Esta facilidad en los reencuentros es inquietante. Del mismo modo que es inquietante el caso opuesto en el que esa comodidad ha desaparecido, ya no sabemos si debemos tutearnos o hablarnos de usted, de golpe nos sentimos algo incómodos tras los saludos rituales: «¡Hola! ¿Cómo va? Ha

pasado mucho tiempo...», cuando el apuro, la vergüenza o la falsa cordialidad dominan la alegría por el buen reencuentro, el que hace que se entre de forma natural en esa antigua relación.

Alternar, reencontrar, quedarme como un eje en su mundo, que coincide con tantos otros mundos imaginarios, pero intentar entender esos imaginarios de los demás e incluso encontrar tu lugar en ellos, más o menos justificado. Creo que, sin que yo me entere, figuro en el imaginario de bastantes personas, debido a *La sal de la vida,* y espero no decepcionarlas. Sobre mis amigas, no sé muy bien qué piensan de mí, pero las quiero mucho, para mí son indispensables. Me encanta charlar con ellas, esa cháchara sin fin que no es exclusiva de las mujeres, ni hablar. Pero lo que más me gusta de ellas es el humor, la gracia, el ingenio, la risa. La risa instaura una relación fuerte entre los humanos porque concreta un continuo entre el cuerpo que se regenera en los sobresaltos y el ingenio que se aguza. Nos sentimos felices de reír juntas porque sentimos y pensamos de la misma forma: nos morimos de risa ante el que resbala encima de una piel de plátano porque hemos captado a la vez la inconsciencia o el exceso de seguridad que coge a la víctima por sorpresa, y no es necesario hacer ningún comentario. Me encanta reír con mis amigos.

Un tema que me planteo es cómo pude llevar a cabo mi educación intelectual en un medio que *a priori* era tan poco favorable y tan poco alentador. El primer libro que recuerdo, con ocho o diez años, era uno ilustrado que explicaba una historia que se desarrollaba en las Antillas. Un huracán se abatía sobre una aldea y los habitantes se refugiaban en un «cerro». No sabía lo que era: nadie en mi casa ni en la escuela me lo pudo explicar y dejé volar mi imaginación. Con los niños se refugiaba una niñera, gorda y de cara redonda, con un pañuelo anudado con las dos puntas rectas encima de la cabeza y vestida con unas espléndidas enaguas rojas, por encima de su vestido en forma de corola, como la criada de Scarlett en *Lo que el viento se llevó*. Fue mi primer encuentro —duradero, ya que leí y releí ese libro varias veces— con lo exótico y, sin embargo, cotidiano y con el gran tema de lo

universal y lo relativo: las enaguas pertenecen al orden de lo universal pero la forma de llevarlas no, pues está en relación con la relatividad cultural.

Hacia los trece o catorce años cayó en mis manos *quo vadis?,* de Henryk Sienkiewicz, esa epopeya lírica de la vida y la muerte de los cristianos bajo el Imperio romano de Nerón. Me acuerdo de algunas escenas dramáticas ilustradas, sobre todo de aquella, en el circo, en la que Ursus espera estoicamente la muerte cuando irrumpe un gran toro negro, crespo y furioso, y en su lomo está atada la rubia princesa nórdica a la que Ursus está ligado por fuerzas cuya profundidad él mismo ignora. Él se precipita. La imagen nos lo muestra deteniendo al toro por los cuernos y girándole la cabeza para romperle las cervicales. Tiene los talones metidos en la arena, las pantorrillas marcadas, así como todos los músculos de la espalda. Estaba soberbio y no he podido olvidarlo, tampoco la inocencia de su apego, prototipo de tantas historias de amor literarias o cinematográficas futuras. De ello me quedó mi afición por las historias algo caballerescas, como la novela *Capitaine Fracasse,* de Théophile Gautier, o, en el cine, aquella bella historia entre Robert Mitchum, el único superviviente americano en una isla del Pacífico en manos de los japoneses, y una religiosa con hábito, interpretada por Deborah Kerr, también la única superviviente de su propia misión. La historia de su supervivencia y de su salvamento es muy emocionante, debido a su contención mutua a pesar de la inevitable promiscuidad y a la inevitable aparición de los sentimientos[4].

Por fin llegó a mí el final del siglo XIX inglés. Entre las pocas referencias que enumero, hubo seguro otros descubrimientos, pero cito aquellos que para mí tuvieron mayor sentido. Fue el momento en el que leí a Jane Austen, Thomas Hardy y las tres hermanas Brontë, Charlotte, Emily y Anne.

Considero *Los habitantes del bosque,* de Thomas Hardy, como una de las más grandes historias de amor de todos los tiempos, y *Jane Eyre,* de Charlotte Brontë, como la quintaesencia del arte de transmitir el tumulto de la pasión bajo la frialdad y la contención de la escritura. Me sentía,

evidentemente, seducida por el umbrío y tenebroso Mr. Rochester, pero aún más por aquella jovencita dulce de infancia castrada, de juventud domesticada, pero orgullosa, inteligente, silenciosa, reservada; aquella chica cuya cara angelical, Rochester compara con el rostro de demonio de su esposa criolla hinchado por el alcohol, los excesos, la sombría herencia de la sangre «podrida» de las islas y de la locura.

No se trataba de un aprendizaje intelectual, sino que seguía siendo emocional, con una clara preferencia por la literatura. No me entrené, como muchos de mis colegas, a base de difíciles obras filosóficas de Kant, Hegel o Marx, ni a través de grandes autores como los que cita Emmanuel Terray en *Mes anges gardiens.* No, a mí me gustaba la novela, la evasión más que las ideas.

Me matriculé en la Sorbona, por aquel entonces la única universidad parisina, tras dos años de preparación en las grandes escuelas del instituto Fénelon —años de los que guardo pocos recuerdos, más allá de la competición encarnizada que libraban las chicas que eran las primeras en sus institutos de origen respectivo y que tenían que reconstituir una escala jerárquica y de la luminosa presencia de la pelirroja Dina Dreyfus, profesora de Filosofía y divorciada de Claude Lévi-Strauss—. Aunque yo estudiaba Historia, conocí en la biblioteca y en el patio a un grupo de estudiantes de Filosofía que influyeron notablemente en mi destino intelectual, profesional y personal. Estaban Alfred Adler, Michel Cartry, Michel Izard, pero también Olivier Herrenschmidt, Solange Pinton, Françoise Zonabend, Philippe Girard y Félix Guattari. En torno a ese núcleo central giraban algunos grupos satélites con horizontes intelectuales distintos, pero por aquel entonces yo me sentía incapaz de definir con claridad lo que hacía que ese núcleo fuera identificable.

Me viene a la cabeza un recuerdo chistoso referente al día en el que conocí a Félix Guattari. Estaba sola en el pequeño apartamento que ocupaba Michel Izard en la sexta planta de un viejo edificio desconchado de la calle Montmorency, desalineado del de abajo cuyo tejado de cinc formaba una terraza ligeramente en pendiente. Había muy pocos muebles, allí sobre todo cocinábamos y nos aseábamos detrás de una cortina corredera a lo largo de un jergón donde solo había un

hornillo y una pica de lavabo. Había ido un poco antes para preparar una cena entre amigos (cuatro comensales en torno a una mesa plegable), una cena de lo más frugal: pastas, ensaladas, fruta. Mi pasta se estaba cocinando tranquilamente cuando la puerta se abrió y apareció un joven «con buena cara». «Félix», me dijo tendiéndome la mano. Y yo, como buena latinista, le contesté con una gran sonrisa: «Yo también». Nos reímos mucho de aquello. Hablaba de la clínica de Laborde y del doctor Oury con tanta pasión y lucidez que resultaba difícil que no te convenciera.

Algunos de estos estudiantes se reunían una vez al mes en casa de Louis Dumont para celebrar unos encuentros eruditos y apasionados en torno al *Homo hierarchicus,* pero también para realizar críticas del marxismo y del estructuralismo y de los informes analíticos y puntillosos de las teorías que estaban de moda, como el formalismo en los estudios de parentesco alrededor de los trabajos de Goodenough y de Lounsbury. No me extenderé mucho sobre este tema, solo diré que me parece que no intervenía demasiado, aterrorizada por mi osadía al hallarme en medio de todos aquellos chicos tan doctos y sabios que «hacían filosofía» en la Sorbona y no modestamente historia como yo.

En 1955, al llegar a mi mayoría de edad, me fui del domicilio familiar de forma brutal, después de que mi madre no quisiese, una vez más, que me instalara en una buhardilla, realmente pequeña, y me marché una noche antes de cenar con cuatro cosas para ir a casa de Michel Izard, que se quedó totalmente atónito por mi enfado, y eso que hacía tiempo que me provocaba burlándose de mi supuesta pusilanimidad, convencido de que nunca cambiaría de opinión. Vista con perspectiva, esta historia me parece prototípica de reacciones ulteriores que se produjeron en mi vida por parte de personas con las que me relacionaba y que se engañaban acerca de mí, confundiendo mi estabilidad de humor y la casi imposibilidad de hacerme enfadar con conformismo, influenciabilidad y fragilidad.

Entonces —durante algunos años de estudio, pero también de aprendizaje de la vida— alquilé en la calle Gay-Lussac, cerca del cine Studio des Ursulines, una buhardilla minúscula en una sexta planta con agua en el rellano. Me ganaba la vida

trabajando como encuestadora para estudios de mercado. Era el principio de este tipo de cosas. Nuestro jefe, que había empezado desde cero su empresa, estaba instalado en un edificio en la esquina de la calle Soufflot con la calle Saint-Jacques. Se llamaba Alfred Denner. Era el hermano de un actor que comenzaba, Charles Denner, que por aquel entonces iba con una mano delante y una detrás y que veíamos a menudo ir a casa de su hermano para pedirle dinero. Se parecían mucho físicamente y tenían la misma dicción precisa y, sin embargo, entrecortada. Me gustaban mucho los dos por su integridad, su carácter equitativo y su talento. Me acuerdo sobre todo de una encuesta realizada a las amas de casa de provincias acerca de la capacidad de aceptación de las bombonas de gas butano para alimentar los hornillos y sustituir las cocinas de madera y carbón. Volví tras haber anotado en mis encuestas que las mujeres decían «mi» cocina y «el» butano y que, por lo tanto, la campaña publicitaria debería centrarse en hacer que las usuarias se apropiaran de las bombonas. Lo hablé con otra encuestadora que enseguida captó el interés del asunto y fue directamente a hablarlo con el jefe, atribuyéndose el mérito de la observación. Recuerdo aún la decepción que sentí ante ese robo cuando Alfred Denner la felicitó, en una reunión final de trabajo, por su gran calidad de escucha, y ante la sonrisa socarrona que ella me dedicó. No pude decir nada. Es curioso cómo esos momentos de impotencia ante la injusticia, incluso poco importante, son difíciles de borrar.

En aquella época, Michel Izard y yo nos veíamos con asiduidad, es decir, cada noche, en el Tournon, un café emblemático por aquel entonces. Estaba y aún está decorado con frescos bastante *naïves* que representan el jardín de Luxemburgo. Ocupábamos, como huéspedes habituales, la mesa para cuatro situada en el pasillo que iba a los aseos, una mesa en la que podían comer seis personas. Comíamos perritos calientes o bocadillos, tomábamos café, rehacíamos el mundo. En aquel tiempo, iban al Tournon negros americanos que echaban pestes de su país. Había sobre todo novelistas que empezaban a ser conocidos, como Richard Wright y Chester Himes, autor de una serie de novelas policíacas muy divertidas publicadas en la colección negra y amarilla de la

Serie Negra de Gallimard, centradas en dos polis negros llamados *Ataúd* Johnson y *Sepulturero* Jones. La primera de esa serie se titulaba *Corre, hombre, corre,* me parece. Pero sobre todo frecuentábamos a los músicos, como el inmenso Slim de origen nigeriano, elegante por naturaleza, simple, nadie sabía dónde vivía ni de qué vivía, que me llamaba ceremoniosamente «princesita» y se reía como un bendito. Tras haber investigado un poco, le encontré en el Hôtel-Dieu. Le fui a visitar y lo descubrí en una de aquellas grandes salas de la época con cuatro hileras de camas, dos a cada lado, con las cabeceras enfrentadas. Estaba allí, en una fila central, desvalido y confuso. Regresó alguna vez, pero luego desapareció, para nuestra gran desesperación. También había una mujer joven, creadora de moda, que creó para mí un fantástico cinturón negro en forma de corpiño y unos pendientes de vanguardia hechos con hilos de plata que pasaban a través de un agujero por un guijarro ovalado, gris para una oreja, beige dorado para otra. Exponía en el bulevar Saint-Germain, al lado de La Hune.

También acudíamos a menudo a la librería Maspero, donde algunos estudiantes pillaban libros sin vergüenza alguna y que quebró debido a esto.

Seguía las clases de Henri Marrou, de voz rota debido a una traqueotomía. También estaban Jean Dresch, del Instituto de Geografía; el decano Aymard en la Sorbona y Victor Tapié de blanca melena, y muchos más que recuerdo con nostalgia. Me estaba sacando una licenciatura en Historia y Geografía, solo válida para las chicas, mientras que existían dos licenciaturas separadas, una de Historia y otra de Geografía, para los chicos. ¡La explicación de esta diferencia residía en que las chicas no estaban del todo preparadas intelectualmente para las dificultades teóricas y las cuestiones difíciles de la Geografía! Las lectoras de hoy en día no creerán lo que leen, pero es auténtico. Luego conseguí mi diploma de estudios de Historia medieval bajo la dirección de un maravilloso profesor un poco soñador, de quien por desgracia he olvidado el nombre; me confió el encargo de analizar el *Polyptyque d'Irminon,* que no se había estudiado. La traducción del latín y el análisis del texto me supusieron un trabajo de locos. De hecho, era un tema de tesis y no logré terminar a tiempo la

redacción de la memoria. Esos años fueron maravillosos, intensos, y los recuerdo con una gran emoción. Me llené de libertad, de amistad, de aventuras intelectuales que, sin saberlo, se convertirían en el móvil principal de mi vida. También descubrí a Joyce. En aquella época se creó Europe 1, por aquel entonces una emisora cultural (!), y se emitió un programa de diecisiete horas dedicado a la lectura de páginas esenciales. Durante varios días, una actriz leyó el monólogo de Molly. Lo escuchaba religiosamente: no habría faltado a esa cita por nada del mundo. Íbamos a menudo a la biblioteca de la Sorbona y a la de Sainte-Geneviève, donde, entre amigos, nos reservábamos los sitios. También iba al Enfer, en la planta baja a la derecha de Sainte-Geneviève, para leer ya no recuerdo qué textos y me sentía orgullosa de tener un pase oficial.

Jugábamos a una especie de *Jules et Jim* en un sentido romántico e íbamos a escuchar precisamente al propio Jim, alias Henri Serre, que cantaba en el cabaré Le Cheval d'Or, antigua carnicería caballar que había conservado en el exterior su bello rótulo dorado, en la calle Mouffetard o en los alrededores.

Durante esos tres años, decisivos en más de un sentido (1953-1956), conocí a Claude Lévi-Strauss, como siempre gracias al ejemplo y el impulso de mis amigos filósofos y a la curiosidad aguda por si fuera poco. Realizaba un seminario en la quinta sección de la École Pratique des Hautes Études, en la Sorbona, en la segunda planta de la escalera Richelieu, en una gran sala cuadrada que daba a la calle Saint-Jacques. Solo se encontraban los habituales y eran pocos (veinticinco quizá). Los temas que abordaba en aquellos años no solo me sorprendían, sino que también me desconcertaban, ponían patas arriba todos mis hábitos mentales en aquella época. El primer año en el cual seguí sus clases trataba del parentesco «de broma» en Fiyi entre cuñados cuando uno es el marido de la hermana pequeña de la otra, mientras que hay que evitar la relación en la que uno es el marido de la hermana mayor de la otra. Al año siguiente, ruptura: hablaba de la caza de águilas entre los hidatsa. En un tiempo sin televisión ni un gusto particular por el «exotismo», la idea de prácticas instituidas donde esos ritos pudieran funcionar en algún lugar

no afectaba a nadie. Para mí supuso una revolución cognitiva descubrir a la vez la diversidad cultural y la universalidad de los procesos mentales interpretativos.

Vi mucho a Claude Lévi-Strauss más adelante. Volvía de Estados Unidos con una reputación sorprendente en los años cincuenta. Era joven, ya se mostraba austero tras sus grandes gafas. Llevaba (¿coquetería de estudiante?) en lugar de corbata una pajarita y, más adelante, manifestó un gusto particular por los trajes Hollington, con cuello redondo y muchos bolsillos, de pana de terciopelo. Lo vi reírse una vez a mi costa. Había regresado de mi primer «terreno» de un año en el Alto Volta y presenté mi candidatura como agregada de investigación en el CNRS. Iba a visitarlo para decírselo en las oficinas que ocupaba en la avenida de Iéna, en un magnífico edificio que sería lugar de reuniones internacionales. Ocupaba un puesto, pero no recuerdo cuál. Empezó a enumerar a los miembros de la comisión del CNRS que tenía que conocer obligatoriamente. Yo no conocía a nadie. Y luego me dijo: «También debería conocer al padre Pales». ¿Al padre Pales? Nunca había oído hablar de él, así que le pregunté educadamente cómo podía conocer al «padre» Pales. Se echó a reír. Yo me sentía desconcertada, avergonzada, sonrojada hasta las orejas. Me lo explicó: el profesor Léon Pales, un sabio honorable, respetado y muy cultivado, era un médico especialista en Antropología física, por aquel entonces director del departamento de las partes blandas (sí, sí, esto no se inventa) del Museo del Hombre. Lévi-Strauss al hablarme del «padre» Pales había querido poner al día de forma desacomplejada y cómplice a la bonita, joven y sobre todo tímida chica que era yo. Más adelante, dos o tres veces, me interpeló públicamente en seminarios para que interviniera, lo que me llenaba de apuro. Recuerdo sobre todo el día en el que Julia Kristeva, que acababa de llegar a Francia, hizo un seminario en la sala 5 del Collège de France. Yo había llegado tarde y me había quedado de pie al fondo de la sala. La exposición era muy erudita, ardua, técnica; no la entendí mucho. Él seguramente tampoco, ya que, tras darle las gracias y los cumplidos habituales, no hizo ningún comentario sobre el tema y se giró buscando a una víctima. Me vio: «Françoise Izard seguramente tiene algo que decir», me asusté y contesté

de manera abrupta: «No». Me miró con un ojo reprobador, furioso; por suerte, nuestro amigo Claude Tardits salvó la situación. Él siempre tenía alguna cosa que decir.

Los seminarios de Lévi-Strauss, en la sexta sección de la École Pratique des Hautes Études, fueron un lugar de paso obligado para todos los investigadores de campo durante una o dos generaciones. Durante un tiempo, se hacían en la calle Varennes, en una gran sala que daba al jardín de un ministerio. Resultaba muy seductor invitar a estudiantes y jóvenes investigadores a que fueran a exponer su investigación en curso, y muchos tomamos esa idea prestada en nuestros seminarios respectivos. El seminario se celebraba, además de la clase propiamente dicha que se hacía *ex cathedra,* en el Collège. Hubo sesiones memorables. Recuerdo una de ellas en particular: había invitado a un joven etnólogo inglés que había trabajado en una comunidad de babuinos en el este de África. Ese joven investigador había integrado a la perfección su sistema de comunicación y nos lo imitó de forma sorprendente: posturas, gesticulaciones, gritos, intimidación, reposo, caza, despiojamiento, etcétera, saltando por las mesas con una facilidad impresionante. El público quedó atónito, medio divertido medio asustado.

A menudo me preguntan ahora cómo era. Aunque parezca asombroso, ya que se le consideraba austero, hiriente, incluso altivo, diría que era tímido, retraído y que se sentía sorprendido de su notoriedad y de la importancia que habían adquirido la noción de estructura y el estructuralismo, e incluso quiero creer que se sentía feliz cuando le demostraban afecto. Cuando fui elegida profesora en el Collège de France, como él lo había sido antes de mí, me dijo de forma privada que le llamara Claude y dejara de tratarle de señor. Ahora ya teníamos el mismo rango y él deseaba un acto simbólico para marcar ese hecho. Así que nos llamamos por el nombre de pila. Daba mucha importancia a las apariencias sociales. Recuerdo un reportaje en la televisión en el que se le veía probándose su traje de académico: era un asunto visiblemente serio e importante para él y aquello me impresionó mucho. Así como una foto, tomada en Lignerolles, en la que se le ve jugando con su perro, cogiendo cada uno de ellos un bastón por cada extremo. Era muy suyo, refinado en su vestimenta,

desacomplejado en su acción. En sus últimos años le gustaba que le dieran besos. Durante años le acompañó Eva, su secretaria hasta el final, que fumaba como una chimenea. Cuando se jubiló, ocupó, encima de la biblioteca, un despacho en un entrepiso, que sobresalía y estaba acristalado, lo que le valió el apodo de «Dios Padre». Se accedía por unas escaleras de caracol a lo que en la época del Politécnico era la pasarela en la que estaba el encargado de vigilar el anfiteatro, que luego se convirtió en la sala de lectura del laboratorio de Antropología Social. Durante un tiempo, él esnifaba y me hizo traerle de Londres un tabaco especial que solo se podía comprar en una tienda con una dirección concreta.

No le gustaba encargarse de las gestiones administrativas, del papeleo; Isac Chiva, director de estudios y etnólogo europeísta muy conocido, se ocupaba de todo ello. Él llegaba pronto por la mañana, leía el correo y el periódico y recibía a quienes habían pedido cita. Cuando aparecía o se iba, siempre lo hacía con un paso clandestino, casi furtivo, a lo largo del pasillo flanqueado a un lado por la ventana que daba al patio interior lateral del Collège y por el otro por las murallas grises de los grandes casilleros y fichas de los de Human, Relations Area Files; tenía los andares un poco torcidos de las grandes garzas.

¿Qué más puedo decir de él?

No era agresivo, pero podía ser hiriente. No era amable, pero sabía ser ameno y educado. No era malvado, pero podía lanzar dardos. No tenía humor, pero hacía sonreír. Sin animadversión, pero sabía ser justo. No le gustaba la rutina de los días, pero sabía delegar. No era altivo, pero imponía respeto. Misántropo, odiaba aquella humanidad profusa que ensuciaba el mundo, pero le gustaban los individuos; y misógino, eligió juzgar su entorno por sus cualidades intrínsecas y no por el sexo y estuvo rodeado por muchas mujeres que nunca intentaron matar al padre.

Durante las defensas de tesis, cuando era miembro del jurado, pero también durante los seminarios, dibujaba incansablemente gatos. Bocetos casi siempre, pero a veces dibujos muy trabajados, unos grandes mininos de mirada malvada, sentados muy rectos, con las patas juntas y la cola hacia delante: con todos los detalles, el pelo, la protuberancia

de piel alrededor del cuello, los copetes al final de las orejas. Lo veía dibujar a mi lado y luego lamenté no haber cogido algunos de esos trofeos que dejaba abandonados encima de la mesa al irse. ¿Había tenido gatos? No lo sé. Había tenido loros en libertad y perros.

Al leer su libro *Chers tous deux* descubrí su amor simple por sus padres, por los que se preocupaba mucho; su afición por los coches; su vida de bohemio en Nueva York. Hizo el viaje a Estados Unidos en el mismo barco que André Breton, descrito como un oso de peluche rosa al principio de la guerra, tras haber logrado poner a sus padres en un lugar seguro. Hace unos años recibí unos emotivos documentos enviados por el nieto de quienes escondieron y alimentaron a los padres de Claude Lévi-Strauss.

Puede sorprender que haya dedicado tanta atención a este hombre. Aparte de su calidad humana y su sabiduría, tuvo en mi vida una influencia decisiva modificándola fuertemente en tres ocasiones, puesto que me invitó a tomar unos caminos que no habría pensado coger por mí misma. La primera vez fue al incitarme con buenos argumentos a abandonar mis estudios de Historia por los de Etnología y Antropología Social. El segundo gran camino que me hizo tomar fue el de enviarme a África, en un momento en el que me dedicaba con gusto a estudiar a los aztecas. En aquel tiempo seguía con Michel Izard y Claude-François Baudez (que se convirtió en el gran especialista de los mayas), los seminarios de Guy Stresser-Péan, en la quinta sección de la École Pratique des Hautes Études, dedicados al estudio del *volador,* aquel ejercicio ritual en el que los jóvenes meten en la piel de la parte alta de su pecho una lámina de madera atada a una cuerda; luego son izados hacia arriba de un largo poste en cuya cima hay una rueda articulada puesta en sentido horizontal. Con las cuerdas atadas en el perímetro de la rueda, los jóvenes se lanzan al vacío y hacen girar la rueda describiendo círculos en torno al poste y bajando hacia el suelo. Cuando llegan al suelo, las láminas de madera bajo la carne deben haberla cortado. Existían muchas formas de realizarlo: el señor Stresser-Péan las conocía todas y las analizaba con minuciosidad. Su madre asistía siempre a sus clases, a las que no vi asistir a nadie más que a nosotros tres.

Nos arreglábamos para que siempre estuviera presente uno de nosotros; nos preguntábamos si, de otro modo, se habría visto obligado a hacer su clase delante de su madre... Permitidme que os cuente una anécdota. En el Collège de France, cuando el profesor o la profesora llegaba para dar su curso o seminario, tenía que pasar antes por una pequeña sala cuyo pomo de la puerta tenía un secreto para abrirse y encima de la mesa se encontraba el gran libro de firmas; el profesor debía estampar su rúbrica bajo el control del ujier de servicio, que luego le acompañaba a la sala y lo anunciaba: el señor profesor, la señora profesora. Un día pregunté al administrador que estaba en ese cargo en 1981 la razón de esa costumbre, y me dijo sin reírse que era para verificar la presencia de público. Si no había nadie, él se sentaba y el profesor daba la clase para él, ya que la clase debía impartirse. Entonces le pregunté si algún profesor había sufrido esa ofensa. Pues sí. Y no pocos. Antes de que se hiciera famoso, eso le pasó a menudo a Georges Dumézil, por ejemplo.

El tercer gran camino vino mucho más tarde, en 1980. Pidió verme un día y me anunció que iría a mi despacho. ¿Qué habría hecho yo que le inquietara? No se me ocurrió nada. Vaya, que estaba muerta de preocupación. Vino y me propuso directamente ser su sucesora. Me quedé atónita: en primer lugar, me sentía incapaz; en segundo lugar, a su alrededor pululaba una plétora de investigadores —hombres que creían tener su oportunidad y que se merecían ser elegidos—. Le enumeré a algunos. Sin darme las razones de ello, me dijo que lo había pensado bien y que, en interés de la disciplina y del laboratorio que había fundado, tenía que ser yo. Le pedí un poco de tiempo para reflexionar; me rogó que guardara el secreto. Al final acepté.

Uno no se presenta al Collège: te presentan uno o dos profesores, en dos momentos, en dos años; hay un primer voto sobre el título de la cátedra a crear, luego sobre el candidato. Antes de la primera vuelta, este debe hacer una visita de cortesía a cada uno de los profesores para dar a conocer su persona y su proyecto. Recuerdo una escena cómica que nunca hubiera soñado protagonizar: Lévi-Strauss vino a verme con la lista de los profesores y me los presentó

uno a uno a su manera, elegante y precisa, pero a veces brutal. De uno me dijo que era un siniestro imbécil y un patán, y no estaba equivocado. Los reconocía a todos gracias a él. Hice las visitas habituales en un tiempo récord, siempre en secreto y algunas fueron deliciosas, otras amables, casi todas educadas, salvo dos o tres profesores que rechazaban *a priori* cualquier candidatura femenina.

Una se hizo de forma sofocada. Jean-Pierre Changeux me recibió con retraso y como tenía que salir, me invitó a ir con él del Instituto Pasteur al metro. Hicimos ese trecho no a grandes zancadas sino corriendo mientras hablábamos, lo que era demasiado para mí. Necesité un buen rato para recuperarme. ¡Quizá me juzgó en esa carrera, ya que sin duda su aprecio hacia mí creció! Jacques Thuillier me invitó a comer, era un hombre exquisito. Algunos me recibieron en sus casas y cada vez fue un placer y no una lata. Solo Pierre Boulez se negó a citarse conmigo, pero es que nunca recibía a los candidatos, por lo que parece, y además nunca lo vi en ninguna de nuestras sesiones. La noticia de la creación de la cátedra estalló al día siguiente como una bomba y cogió por sorpresa a nuestro pequeño mundo de antropólogos.

Entonces entendí por qué Lévi-Strauss había querido que fuera secreto: para no desestabilizar el procedimiento que él mismo había elaborado. Vi que era maniobrero, estratega y táctico; algunas de las decepciones fueron violentas y me costaron enemistades duraderas.

Pronuncié mi lección inaugural en febrero de 1983; llevaba un moño apretado en la nuca, un bonito vestido en tonos malvas, dorados y granates. Esperé, atenazada por el miedo, en la salita de los profesores con el administrador, Yves Laporte, y una veintena de colegas. Cuando llegó el momento, Lévi-Strauss me cogió de la mano y luego por el brazo. Ya no veía nada; pronuncié mi lección sentada apretujando frenéticamente un pañuelo en la mano derecha, mientras que con la izquierda giraba las páginas. Resistí las ganas de llorar cuando tuve la impresión de que hablaba con voz temblorosa desde las primeras palabras. Mi hija se había acercado al evento con el tiempo justo y pudo sentarse gracias a la amabilidad de la señora Lévi-Strauss. Mis padres también habían venido. La gran sala estaba llena hasta los topes y

habían tenido que abrir dos aulas suplementarias para una retransmisión. Pierre Bourdieu no tuvo sitio en la gran sala, pero vino a manifestarme después su felicidad por haber podido por lo menos oírme, aunque no me viera. Por la noche celebré una recepción en mi casa.

Lévi-Strauss vino con Monique, su esposa; felicitó con cordialidad a mis padres por su hija, que no podían creer lo que estaban oyendo, ¡ellos que me habían creído perdida para llevar una vida civilizada! Mi hermano conoció a Monique y le hizo preguntas acerca de la vida en la selva amazónica, y ella le contestó amablemente, pero con humor, que debería haber hecho esa pregunta a la primera mujer de Lévi-Strauss pues ella nunca había puesto los pies en la Amazonia.

Fue un día perfecto, pero seguía sintiendo angustia y miedo por no estar a la altura de lo que se esperaba de mí. Siempre he tenido esta sensación —y aún la tengo a mis casi ochenta y cuatro años— de no estar en el lugar que me corresponde, de ser una intrusa, incluso una usurpadora. Sé que es falso y que todo ello es debido a la educación que recibí que convertía a las chicas en subproductos al lado de la humanidad completa que representaban los hombres. Y la formidable seguridad que tenían mis compañeros, y luego mis colegas, de su legitimidad de ser superiores no podía hacer otra cosa que hundirme, en esos periodos de formación del Yo que son la adolescencia y el estado de joven adulta, en la convicción de que no tenía ningún derecho a adelantarlos. ¡Y entonces me vi obligada a ello! Es a la luz de esta experiencia íntima que puede explicarse parcialmente un giro que realicé en mis investigaciones a continuación y que me hizo publicar obras sobre la relación de los sexos, unas obras eruditas pero que también son feministas.

Tuve problemas con los comportamientos sexistas, ciertamente, ya al principio de mi carrera, desde la negativa por parte del CNRS de otorgarme una misión entre la tribu de los samo porque solo quería ir para reunirme con mi marido que estaba en misión con los mossi hasta las risitas o los gestos fuera de lugar.

Nada extraordinario, en resumen, pero tengo una buena anécdota para poder contar. Los profesores del Collège de France en Ciencias Sociales y Humanas durante un tiempo

adquirieron la costumbre de celebrar reuniones de expertos en la Fundación Hugot, una vez al año, acerca de temas que cada uno abordaba desde el punto de vista de su disciplina: la sangre y la administración fueron los primeros temas elegidos. Fue excelente. Al final de las sesiones del segundo año, nuestro decano, Georges Duby, lamentó que no hubiera habido ninguna grabación. «La próxima vez deberíamos tomar notas», dijo, y se giró naturalmente hacia mí: «¿Podría ocuparse usted, querida amiga?». A lo que contesté, afectada por una violenta emoción: «Querido Georges, no estoy programada genéticamente para tomarlas mejor que ustedes». Todos nuestros colegas habían estado de acuerdo con esa designación y todos bajaron la cabeza y no se volvió a hablar del asunto. El razonamiento era simple y lógico. Según el estatus, todos éramos iguales. Pero había que desempeñar un trabajo de secretariado. Estas labores son inferiores, por lo tanto, femeninas. Entre esos iguales por el estatus había una mujer. Así pues, era normal que ella llevara a cabo este trabajo. *Quod erat demonstrandum*.

Hacia esa época empecé a sufrir una enfermedad autoinmune rara, que se me identificó más adelante: policondritis atrofiante evolutiva. Fue precedida por una serie de tres pericarditis que obligaron a hospitalizarme cada vez durante dos meses e interrumpieron mi docencia desde el primer año. Algunos colegas se mofaban diciendo que era debido al estrés y que no tenía los «riñones suficientes» para ocupar el puesto de profesor. Lo decían con la marca masculina para determinar el sexo del cargo. Esta enfermedad me ha acompañado desde entonces, cuidada con afecto por el profesor Jean-Charles Piette, a quien dediqué *La sal de la vida;* me ha producido muchas degradaciones físicas y hospitalizaciones. En 1983, el pronóstico de vida era de cinco años. Con el desarrollo de los corticoides y de los inmunosupresores, pudieron estabilizar mi situación. Aún sigo aquí, un poco menos activa que entonces, pero «valiente» como habría dicho mi abuela materna («¡Oh! No estoy muy valiente estos días», decía cuando realmente se encontraba muy mal)[5].

Me viene a la memoria otro ejemplo de esa duda profunda que albergo sobre mi legitimidad de estar donde estoy e

incluso de ser lo que soy. A finales del año 1988 recibí una llamada telefónica del Ministerio de Sanidad diciéndome que el ministro, Claude Évin, deseaba hablar conmigo. No me pusieron con él enseguida. Me entró pánico. Intenté recordar febrilmente lo que había podido pasar en los días o semanas anteriores que me valía lo que no podía ser otra cosa que una amonestación. Cuando lo tuve al teléfono, me habló del sida, una pandemia que se iniciaba y que aterrorizaba a los franceses. Me explicó que el presidente François Mitterrand quería crear tres organismos: una agencia nacional de investigación sobre el sida, una agencia francesa de lucha contra el sida y un consejo nacional del sida, representando a la sociedad civil en su diversidad y no el ámbito médico. Me dijo que los dos primeros serían dirigidos por profesores de Medicina, pero que para el consejo era preciso alguien de fuera del ámbito de la Medicina, preferentemente una mujer para equilibrar el peso de los hombres, un especialista en Ciencias Humanas y Sociales para nivelar el poder médico y finalmente alguien dotado de un estatus irreprochable.

Le contesté, desconcertada, que no sabía nada sobre el sida (aunque me interesaba intelectualmente esa dolencia cuya reputación se centraba sobre todo en su mortalidad, pero también en su modo de transmisión a través de los humores del cuerpo, la sangre, el esperma, la saliva).

Le pedí un plazo para reflexionar. El ministro me concedió tres horas que empleé consultando a mi marido, Marc Augé, a colegas, a amigos, a la familia. Al final decidí rechazarlo. Más animada, llamé al ministro para comunicarle mi decisión. Se burló de mí diciéndome que no era posible. Entonces le pregunté por qué me había concedido un plazo. Y me contestó que era por educación, pero que la cosa estaba decidida: «No se rechaza una designación hecha por el presidente de la República». Se me cortó la respiración, pero parecía que era verdad.

Vino a continuación una época un poco loca. No había local, no había dinero (¡yo pagaba los sellos!), no había miembros. Al principio tuve que encontrar un local, no sé muy bien cómo lo conseguí. Al cabo de un tiempo, trasladaron a una secretaria general del Ministerio de Sanidad con la que me entendí perfectamente durante todos aquellos

años (1989-1995). Más tarde incluso me asignaron un coche con chófer, que me resultó muy útil, ya que yo seguía con mis clases y eso me provocaba muchas angustias (la norma era que nunca había que repetirse), y seguía dirigiendo el laboratorio de Antropología Social. Tenía que hacer malabarismos con el tiempo. La composición del consejo por parte del Ministerio de Sanidad tuvo en cuenta las instancias que debían estar presentes en su seno y la designación de los miembros tomó más tiempo. Al principio éramos un conjunto dispar. Al cabo de unos meses, nos habíamos convertido en un cuerpo solidario. Todos nosotros habíamos aprendido mucho acerca de la realidad de aquella patología y del ostracismo del que eran víctimas los seropositivos. Dimos nuestra opinión acerca de la situación en las cárceles, donde sufrían una especie de doble pena, y sobre el acceso a los seguros, ya que las compañías usaban unos cuestionarios concebidos de tal modo que identificaban a personas de riesgo que rechazaban: ¡un hombre joven, soltero, amante del rock y que salía de noche tenía pocas opciones para obtener un seguro que cubriera un préstamo para comprarse un piso! Me siento particularmente orgullosa de haber influido en la situación en las cárceles —donde no existía ninguna confidencialidad ni secreto médico, donde los guardias distribuían los medicamentos cuyo destinatario conocían perfectamente, donde los informes eran accesibles al personal — entregando un informe que permitió trasladar el sistema de sanidad de las cárceles del Ministerio del Interior al Ministerio de Sanidad. Fue decisivo: de un día para otro los informes estaban cerrados con llave.

Volvamos atrás, al segundo desvío en la carretera que Lévi-Strauss me hizo tomar: África. En junio de 1956 hizo un anuncio tras su último seminario del curso: uno de sus colegas, Roger Daval, profesor de la Universidad de Burdeos, acababa de crear un Instituto de Ciencias Humanas Aplicadas. Había un contrato de investigación con la oficina del gobernador del África occidental francesa para el estudio de la posible aceptación por parte de las poblaciones locales, las susceptibles de inmigrar y las que vivían en el valle inundable, de una presa en el Sourou, afluente del Volta

negro. Se esperaba poder implantar el cultivo de arroz e incluso realizar dos cosechas al año, creando desde cero un duplicado de la Oficina francesa del Níger, que cubría centenares, quizá miles de hectáreas en Mali y usaba mucha mano de obra. Claude Lévi-Strauss expuso sucintamente el proyecto y dijo que el ISHA —Instituto de Ciencias Humanas Aplicadas— necesitaba un etnólogo y un geógrafo. Michel Izard se presentó como etnólogo, y yo, como geógrafa. Mi candidatura fue rechazada porque era una mujer, supuestamente frágil e incapaz de sobrevivir al calor, al sol, al agua sucia, a condiciones de vida difíciles, a los traqueteos de la carretera, a los mosquitos, al paludismo... ¿Qué más? A los animales feroces, a las serpientes, las arañas, los escorpiones, etcétera. Me manifestaron todo eso (salvo Claude Lévi-Strauss que me apoyaba, Denise Paulme y otras mujeres etnólogas, por supuesto) y mi familia secundó esa opinión. No hubo candidaturas masculinas, presenté de nuevo la mía y fue aceptada por defecto, si puedo llamarlo de algún modo.

Nunca podré olvidar ese momento único que fue mi primer contacto con la tierra africana. Habíamos hecho el viaje en avión con escalas en Lyon (¿o Marsella?) y luego Trípoli. Llegamos a Niamey de noche cerrada. El pequeño aeropuerto me pareció iluminado. Sobre la pista recibí como un latigazo el calor y el olor de ese mundo. Un olor cálido, sazonado, embriagador, de humus, pero también de polvo. Invasivo, perturbador, pero inmediatamente familiar, como perteneciente al orden natural de las cosas. No había sentido nada como aquello en Francia. Me pareció encontrar lo que había perdido o lo que había buscado sin saberlo. Hice mío ese olor, lo respiré a pleno pulmón, en cada uno de los viajes que hice después.

Esa misma noche en Uagadugú, al salir de la cabaña de paso de lo que aún era el Instituto francés del África negra —antes de convertirse en el Centro Voltaico de la Investigación Científica— para dirigirme a una cena de bienvenida en la casa del director y su mujer, situada en el gran parque de Ifan, me encontré con mi primera serpiente, una larga cinta gruesa como una muñeca de hombre, una pitón inofensiva sin duda, que ondulaba silenciosamente en el camino. La miré sin emoción, lo que me sorprendió. Ella me ignoró y yo seguí mi

camino. Tuve ocasión de ver de cerca a otras, mucho más peligrosas, y tampoco me provocaron ninguna emoción. ¿Tengo sangre fría? ¿Ausencia de emociones? ¿Una forma de insensibilidad ante los avatares de la vida cotidiana? Me lo pregunto debido a dos acontecimientos precisos. Una mamba negra, muy mortífera, que un día vino a enroscarse para refrescarse en torno a una calabaza llena de agua depositada en el pequeño aseo cerrado por una estera de paja trenzada. Fui al aseo y me incliné para mojarme las manos y refrescarme. A quince centímetros por encima del agua, la serpiente dormida levantó la cabeza. Me detuve. Estoy segura de que me miró tan detenidamente como yo la observé sin moverme durante lo que me parecieron largos minutos, pero que no serían más de veinte o treinta segundos. Luego se despegó y se fue sin hacerme caso. Entonces grité. Algunas personas acudieron. La buscamos. En vano.

La otra experiencia fue la continuación de un percance. Un año fui atacada en la selva, cerca de Louta, por un enjambre de abejas africanas salvajes. Antes de que los aldeanos pudieran socorrerme, ya me habían picado un centenar de veces, por lo que entré en coma y fui reanimada en el hospital con una botella de glucagón (creo) que tenía un enfermero. Un médico militar me dijo después que había tenido mucha suerte de salir viva de aquello, pero que corría el riesgo de tener una reacción letal en el caso de una nueva picadura. Ya os podéis imaginar que, de regreso a Francia, todo el mundo alejaba de mí todos los insectos y demás bichos. Pero, unos años más tarde, al volver sobre el terreno, me picó por sorpresa una abeja atrapada en un guante de aseo. Estaba desnuda, en mi «ducha». Mi reacción inmediata fue vestirme lo más rápido posible para que no me encontraran desnuda, luego salí, fui a mi choza y me senté en mi cama de ramas esperando que pasara el cuarto de hora de la verdad. ¿Sucumbiría a un edema de Quincke? ¿Lo resistiría? Al cabo de ese cuarto de hora, en el que me pareció que mi interior ardía de lo helada que estaba, la vida prosiguió con normalidad.

Esta es la tierra africana tal y como nos la imaginamos: prolija en aventuras, desconcertante, misteriosa, peligrosa... O, debido a la actualidad, como un conjunto de países

devastados por la guerra, la sequía, la hambruna, la corrupción e incluso el terrorismo islámico. Lo que yo conocí era muy distinto: es una tierra pobre y laterítica en el centro del Alto Volta, pero también son las aldeas mossi disimuladas en la frondosidad de los campos de sorgo; son los pueblos samo rodeados de sus amplios «parques de *balanzans*», una zona árida en la que solo subsiste esa única especie, el *balanzan (Faidherbia albida),* un bello árbol de hojas plateadas; también son las inmensas extensiones de matorrales espinosos que, de cerca, parecen despejadas, pero puedes perderte si te alejas un poco demasiado de las pistas trazadas por las bicis y los miles de pies que las han recorrido. Una selva de la que emergen algunos grandes árboles: karités, nérés, tamarindos, los *khaya senegalensis* y los baobabs de silueta tan reconocible. Matorral espinoso más a menudo gris que verde, recorrido a veces, por la noche, por fuegos fatuos que los lugareños ven como vuelos de brujos. Una selva poco amistosa para el extranjero que hace mucho tiempo se podía tomar como esclavo, pero de apariencia inofensiva y benévola.

La recorrí a pie, con guías, a ambas orillas el río Sourou, para delimitar las fronteras del territorio de los lugareños. Lo recuerdo como una prueba extenuante y que me dejaba sedienta, pero entonces era joven y no retrocedía ante nada. Una selva de la que se emerge a veces como de un largo sueño, con su inmensidad silenciosa, a veces rota por los gritos de un grupo de babuinos de viaje o por el vuelo de pintadas salvajes o incluso por la noche por el rugido lejano de una fiera; esa inmensidad te engulle, inconcebible por su brutalidad y su fuerza. Me crucé con kobas o antílopes-caballo, grandes antílopes de bellos cuernos anillados, una pareja de leones cruzando la pista en una noche clara (¡más de seis o siete años de presencia discontinua!), licaones, hienas en forma de pieles. En resumen, nada extraordinario. Pero un día, en el parque del Centro Voltaico de Investigación Científica, vi atado al sol, sin que pudiera liberarlo, a un desgraciado oricteropo o cerdo hormiguero, un animal excavador nocturno de piel desnuda y rosa, con grandes garras y provisto de una corta trompa. Era la próxima cena de muchas familias que ya lo estaban cocinando.

Pero la tierra africana es para mí, sobre todo, la del encuentro con personas que he querido sobre el terreno. Sobre el «terreno», «en la aldea», «en la selva», todas esas expresiones neocoloniales para designar la realidad de la vida de etnóloga. En cuanto a mí, el terreno fue el país de los samo, en torno al centro administrativo del «Círculo» de Tougan, y la pequeña aldea de Dalo que también era el «dueño de la selva» (poseedor ritual) para una buena parte del país. El jefe administrativo del poblado era el único que hablaba un poco de francés. Había sido sargento en Indochina. Había hecho construir para mí una choza con ladrillos de arcilla con tejado de uralita, un tejado que cedió una noche de tormenta conmigo debajo. En el exterior, un hangar y dos chozas más para el mantenimiento doméstico, si puede llamarse así. Había que sacar agua de un pozo a más de sesenta metros de profundidad, lo que yo era incapaz de hacer. El alimento básico eran las gachas de mijo acompañadas de salsas vegetales variadas. No me gustaba mucho la salsa de gombo, demasiado empalagosa para mí, pero sí más la salsa de hojas verdes de baobab.

Una de las esposas de este jefe, Bunya, venía a menudo a verme. Era alegre, le gustaba reír con todos los que vivían a mi alrededor. Pasaba con pesados bultos encima de la cabeza y un bebé colgado a la espalda. Le cantaba unas nanas cuya ternura me impactaba y el bebé le respondía gorjeando. Le regalaba retales de ropa para hacer lo que se llama un tres piezas (taparrabos, camiseta y turbante) y le daba lo mismo para las demás esposas, pero elegía el estampado pensando en ella. También apreciaba mucho a la vieja forjadora, esposa de Fanyéré. Viva, alegre, sumamente exasperante según sus próximos. Durante un tiempo me interesé por la suerte de Ma, hija del «dueño de la tierra», prometida desde antes de su nacimiento para casarse con el «dueño de la lluvia». ¡Ay! No era muy amable a pesar de su eterna sonrisa, incluso un poco retrasado, «corto» —como se decía para los bajitos—, robusto, con los miembros un poco encogidos... En fin, Ma no lo quería ni ver y una noche se fugó, sola o con algún amante, hacia Costa de Marfil. Su padre la mandó buscar, pero sin mucho tesón, lo que le reprocharon. Durante mucho tiempo en el poblado no se hablaba de otra cosa: tradición contra

modernidad, viejos contra jóvenes, ricos contra pobres, sedentarios contra quienes habían recorrido un poco el país, hombres contra mujeres, todas las oposiciones se hicieron evidentes. Se temía que esa infracción a la norma conllevara la sequía, las malas cosechas, invasiones de parásitos, la muerte de niños y animales... Por lo que sé, Ma nunca regresó. En los años sesenta, aún resultaba heroico para una chica escapar al destino que habían querido para ella.

Mi hija Catherine, aún una niña no escolarizada, vivió varias veces conmigo en el terreno. Los niños la seguían allí donde ella iba, ingenua y regia, con su vestido, sus sandalias y su sombrero de tela. Jugaba, bailaba, hablaba con mayor facilidad que yo. Allí donde iba, una pandilla fiel y curiosa la acompañaba sin que ella viera ninguna malicia en ello. Las ancianas e incluso las jóvenes la tocaban, la palpaban (como a veces también hacían conmigo de una forma bastante indiscreta), estupefactas por aquella piel tan blanca, por aquel ombligo perfecto sobre un vientre plano que no se hinchaba debido al *kwashiorkor* (esa enfermedad del «vientre grueso» que tienen muchos niños africanos y que se debe a la malnutrición). Su presencia me ayudó mucho a convencer a la población de que yo era como ellos, con las mismas funciones orgánicas, puesto que había tenido una hija. Oí una vez con mis propios oídos, al llegar tarde una noche a beber cerveza de mijo «entre hombres», a unos habitantes del poblado que hablaban sobre si los europeos y yo misma teníamos las mismas funciones de digestión y excreción que ellos. Mi hija jugaba sin que yo la vigilara de cerca: siempre estaba vigilada por decenas de ojos muy atentos. Reina impávida, nunca se quejaba de esa vida extraña que le hacía llevar.

Mis experiencias sobre el terreno se deben a condiciones concretas que hoy ya no tendrían sentido. Joven agregada de investigación en el CNRS, me supervisaba un director de investigación, pero también una madrina, la famosa Germaine Dieterlen. Trabajaba, como se sabe, con los dogon, sobre el acantilado de Bandiagara, que, con Mali muy cerca, dominaba la llanura del Gondo, cortada por la frontera Alto Volta-Mali, y al otro lado se encontraba el país samo. Cuando ella iba a pasar un tiempo sobre el acantilado, Germaine

elegía momentos en los que yo estaba de misión en mi terreno. Me mandaba buscar, imperativa, con un Land Rover con chófer, para que viviera con ella durante su estancia, por suerte bastante corta (de dos a tres semanas). Al principio había un soberbio campamento a la antigua, de paredes gruesas con una galería circular donde se instalaban unos catres, un campamento administrativo que mandó cambiar por un edificio «duro» con habitaciones e incluso un cuarto de baño. El agua se la traía una plétora de mujeres, cada una de las cuales llevaba una tinaja, se vertía en una cubeta y se izaba a fuerza de brazos a un depósito situado en el tejado por una bomba accionada por unos chicos jóvenes. De todos modos, el agua se usaba con mesura. Germaine había hecho instalar una fosa séptica cuyo buen uso vigilaba prohibiendo la lejía y los detergentes. Sobre esto recuerdo a un grupo de americanos que llegaron como turistas y a los que invitaron a darse una ducha; se quejaban del poco caudal y de la temperatura invariable, totalmente convencidos de que se trataba de agua corriente y de un sistema de evacuación clásico. Esos mismos (¿de dónde habían salido?) me hicieron tres preguntas, puesto que habían tenido la suerte de encontrar allí a una etnóloga, preguntas que recordaré siempre: «¿Las madres reconocen a sus hijos entre toda esa chiquillería desnuda que no para de moverse? ¿Esta gente tiene un lenguaje o se trata de onomatopeyas? ¿El marido polígamo comparte todos los días la cama con todas sus esposas al mismo tiempo?». Vamos, ¿de verdad son humanos como nosotros? Era para reír o llorar de vergüenza.

Con Germanie experimenté el modo de funcionamiento establecido en los años treinta, pero que no era el de mi generación, pues vivíamos como los miembros de la sociedad con la que trabajábamos: las mismas chozas, la misma alimentación, el mismo tipo de cama (además del catre para el exterior). De todos modos, no transigíamos con dos cosas: la mosquitera y el agua filtrada con largos filtros de tierra porosa. Cuando los limpiábamos, era difícil no sentir asco por todo lo que había quedado pegado a ellos. El confort suplementario nos lo daba la lámpara Pétromax, magnífico aparato, y, por supuesto, todo lo que el coche, las cantinas y el dinero permitían que te llevaras, como la sal, el jabón, el

café, el hilo y las agujas, el papel y los bolígrafos, los quesos de untar, las galletas, etcétera. Quizá era una vida dura, pero agradable y naturalmente no era el salvajismo primitivo. Pero en los años treinta era todo muy distinto, tal y como lo describe Laura Bohannan en su humorística novela *Return to Laughter.* Eran precisos criados con guantes blancos, copas de cristal y cubertería de plata, vestidos de noche y esmóquines, incluso para una pobre cena en la selva a la luz de lámparas de aceite. Se tiene una idea de todo aquello al ver la escena de la película *Memorias de África,* cuando Meryl Streep y Robert Redford comparten una romántica cena a la luz de las velas. Ponían la mesa en la terraza para una cena sencilla, pero en un mantel adamascado. Ella llegaba con unos amplios pantalones negros, una magnífica camisa de satén blanco de mangas holgadas y un gran chal, las uñas pintadas, la boca maquillada, con una boquilla de cigarro en la mano… En mi primera estancia con Germanie, no tenía literalmente «nada que ponerme», solo unos vestiditos rectos que me había hecho con retales estampados. Elegí uno, el más bonito, y me lo puse cada noche. Para las siguientes estancias, me adelanté y me hacía un vestido solo para ese uso. Pero no solo se trataba de cenas. Durante el día, íbamos a trabajar juntas en una choza de dos habitaciones que ella reservaba para recibir a informadores reconocidos. Me asignó a dos: el «viejo Ambara» y un hombre joven con quien me esforcé por recoger la terminología de parentesco dogon, intentando impedir que el viejo Ambara volviera al mito del «zorro pálido» cada vez que hablábamos del tío materno o de un sobrino materno. Se lo habían repetido tantísimas veces que creía realmente que solo podía interesarme aquello.

Germaine, que trabajaba en la habitación de al lado acerca del mito precisamente, con dos viejos informadores con quienes comprobaba los detalles, lo que ellos hacían emitiendo unos profundos «¡hon, hon!», siempre estaba extrañamente elegante: un vestido chaqueta fino de tweed con falda plisada, bolso colgado del brazo, zapatos de tacón, pero no muy altos, sombrero ligero. Mi equipamiento, ya se puede imaginar, era mucho más modesto. Era consciente de que esta diferencia de atuendo simbolizaba también una diferencia de generación, pero sobre todo una diferencia de

acercamiento de la otra, e incluso una diferencia de concepción de la disciplina. De todos modos, era una mujer magnífica.

Mi amiga Denise Paulme era muy distinta. Bajita, brusca, directa, con voz de «cazalla», un poco masculina, intransigente, proporcionaba a sus amigos y amigas momentos muy tiernos. Le gustaba pasar unos días tranquilos conmigo en Bretaña, donde, bajo los cerezos, con los pies encima de una silla, solía hacer crucigramas. Con la edad y sobre todo la viudez (había sido la esposa de André Schaeffner, gran músico y musicólogo) había cambiado mucho de aspecto y había dejado de ponerse los trajes chaqueta de tweed marrón. La veía llegar a la estación de Redon con vaqueros y una cazadora con un águila de alas desplegadas en la espalda y portando una mochila que golpeaba alegremente, mientras me decía con cara golosa: «¡Está aquí!». Se refería a la pierna de cordero comprada aquella misma mañana a su carnicero de la calle Fontaine-à-Mulard —los *mulards* son los patos—. Denise Paulme era una gran etnóloga de terreno, también pionera de la mirada femenina a la sociedad y a lo más cercano de la vida diaria, en el polo opuesto de la etnología del mito y de las superestructuras que se practicaban en el tiempo de su juventud. Se interesó sobre todo por la literatura oral. Era de verdad estimulante y su impertinencia tranquila me gustaba mucho. Vivía en un viejo piso en el que la habitación de su marido difunto permanecía cerrada. Ella dormía en un sofá estrecho, comía frugalmente, y contaba con una buena colección de libros que ninguna biblioteca municipal aceptó recibir tras su muerte. Qué miserable destino el de los viejos libros que ya han perdido su popularidad.

Siempre he rendido culto a la amistad. Si lo pienso bien, creo que espontáneamente me siento más próxima a las mujeres que a los hombres. Por el lado masculino, sin embargo, tengo dos amigos a los que puedo explicar casi todo por razones y temas diferentes: Marc Augé y Jean-Charles Piette. A su alrededor, un primer círculo con dos o tres amigos y amigas colegas me aporta unos cimientos fuertes para charlas profesionales y amistosas agradables. Tengo dos amigas de hace mucho tiempo y muy cercanas: Monique

Chevallier y Annick Drogou, y muchas más que veo menos a menudo, pero a las que también quiero mucho: Sophie, Éliane, Françoise, Michelle, Michèle, Odile, Solange… No hay muchas más satisfacciones mejores que la de haber pasado unas horas en una charla sin orden ni concierto, llena de intensidad, de giros, de cambios de dirección, de vueltas atrás, de chistes, de risas locas, de caras de ceño fruncido… con una amiga. Son momentos de gracia y de gran verdad. Escuchas, admiras, compadeces, te confías, te entregas, te abandonas, te ríes con ganas, te burlas amablemente, dices: «¿Te acuerdas del día en el que…?». Es delicioso. Eso dura toda la vida. No busco más que esa simple amistad, sin segundas intenciones, sin trampas, sin ambigüedades, simplemente porque somos nosotras y nos queremos. Montaigne habría sabido encontrar las palabras acertadas para decirlo.

«Cierre lentamente la puerta al salir».

Algunas referencias

Películas

Lo que el viento se llevó (Gone With the Wind), Victor Fleming, 1939.

Cantando bajo la lluvia (Singin'in the Rain), Stanley Donen y Gene Kelly, 1952.

Solo Dios lo sabe (Heaven Knows M. Allison), John Huston, 1957 (con Robert Mitchum y Deborah Kerr).

Hacia rutas salvajes, Sean Penn, 2007.

Pasión de los fuertes, John Ford, 1946.

Le Capitaine Fracasse, Pierre-Gaspard Huit (con Jean Marais), 1961.

Mi pecado fue nacer (Band of Angels), Raoul Walsh, 1957.

Intimidad de una estrella (The Big Knife), Robert Aldrich, 1955.

Mar de hierba (The Sea of Grass), Elia Kazan, 1947.

Los contrabandistas de Moonfleet (Moonfleet), Fritz Lang, 1955.

Las minas del rey Salomón (King's Solomon Mines), Compton Bennett y Andrew Marton, 1950.

Memorias de África, Sydney Pollack, 1985.

Cuando pasan las cigüeñas (Quand passent les cigognes), Mikhaïl Kalatozov, 1957.

Queen Kelly, Erich von Stroheim, 1932 (con Gloria Swanson).

Sweet Sweetback's Baadasssss Song, 1971.

Disparen sobre el pianista (Tirez sur le pianiste), François Truffaut, 1960 (con Marie Dubois).

Libros

Charlotte Brontë, *Jane Eyre,* 1847.

Laura Bohannan, *Return to Laughter,* 1964.

Henry Bordeaux, *Yamilé sous les cèdres,* 1923.

Samuel Butler, *Erewhon,* 1872.

Scott Fitzgerald, *El curioso caso de Benjamin Button,* 1922.

Julien Gracq, *El mar de las Syrtes,* 1951.

Robert Graves, todas sus obras.

Henry Rider Haggard, *Ella,* 1886.
Thomas Hardy, *Los habitantes del bosque,* 1887.
Chester Himes, *¡Corre, hombre, corre!,* 1959.
James Joyce, *Ulises,* 1922.
Claude Lévi-Strauss, *Chers tous deux,* 2015.
Sei Shônagon, *El libro de la almohada,* primera traducción al español, 2004.
Henryk Sienkiewicz, *Quo vadis?,* 1896.
Mary Renault, todas sus obras.
Emmanuel Terray, *Mes anges gardiens,* 2017.
Richard Wright: todas sus obras.
La revista *Les Veillées des chaumières*.

Otras referencias

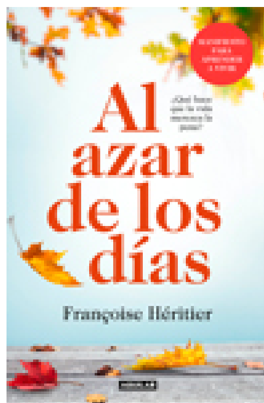
Ray Ventura, «Tout va très bien, madame la Marquise», 1935, letra de Paul Misraki, Bach y Henri Laverne.
George Ulmer, «Pigalle», Archivo INA en Youtube.
Georg Friedrich Händel, *El Mesías.*
Robert Schumann, *Piezas paara piano,* por Piotr Anderszewski, Warner Classics 1970, Parlophone 2011.
Antonio Vivaldi, *Orlando Furioso,* con Nicole Lemieux en el personaje de Orlando, Naïve 2004.
Edmond Rostand, *L’Aiglon,* interpretado por Sarah Bernhardt.
Antón Chéjov, *Tío Vania,* interpretado por Henri Virlojeux y Françoise Bette en el Teatro del Odéon, puesta en escena de Jean-Pierre Miquel, 1977.

Notas

[1] «Os saludamos, valientes soldados del 17º regimiento… Al dispararnos, habéis asesinado la República». (N. de la t.).
[2] Canción popular infantil francesa. Su traducción es: «Había diez chicas en un prado, / las diez por casar. / Estaba Dine, estaba Chine, / estaban Claudine y Martine. / ¡Ah, ah, ah! / Catherinette y Caterina, / estaba la bella Suzon, / la duquesa de Montbazon, / estaba Célimène, / y estaba la Du Maine. / El hijo del rey pasó por allí, / saludó a Dine, saludó a Chine, etc., / dio un beso a Du Maine. / A todas regaló una joya, / anillo para Dine, anillo para Chine, etc., / collar para Du Maine. / A todas ofreció un sitio donde dormir, / paja a Dine, paja a Chine, etc., / y cama a Du Maine. / Y luego a todas despidió, / despidió a Dine, despidió a Chine, etc. / Y se quedó con Du Maine». (N. de la t.).
[3] Balanzan: *Faidherbia albida,* árbol de la familia de las acacias que tiene la peculiaridad de conservar sus hojas en la estación seca y perderlas en la estación de las lluvias. Se encuentran en torno a los pueblos de los pana o samo donde atraen a los *peul* con sus rebaños.
[4] *Solo Dios lo sabe* (en inglés: *Heaven Knows, Mr. Allison*), película de John Huston de 1957.
[5] Françoise Héritier falleció el 15 de noviembre de 2017, poco tiempo después de escribir estas páginas. (N. del e.).

Françoise Héritier comparte con nosotros su amor por las palabras y su gusto por la vida.

Un gran talento, una lección de vida.



Como ya hiciera en la exitosa *La sal de la vida,* la autora encadena impresiones sobre su propia vida, recuerdos vívidos y reales que constituyen un testimonio empírico y sensorial. Una experiencia de lectura poco habitual, fluida y honesta. Un libro profundo y sencillo a la vez, vitalista pero también melancólico, una lectura muy intensa, que nos ayuda a descubrir las cosas que realmente merecen la pena y nos invita a buscar los momentos que han conformado nuestra vida.

Sobre la autora

Françoise Héritier fue hasta su muerte profesora honoraria en el Collège de France, donde sucedió a Claude Lévi-Strauss. Fue directora de estudios en la École des Hautes Etudes en Sciences Sociales y presidenta del Consejo Nacional del SIDA. En España ha publicado *La sal de la vida* (Aguilar, 2012) y *Al azar de los días* (Aguilar, 2019).

Título original: *Au grés des jours*

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-03-51961-9
Diseño de cubierta: lookatcia.com
Imagen de cubierta: © Borchee
Conversión ebook: Raquel Martín Mira

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Indice